

# Deyanira y Heracles en Sófocles. La esposa y el héroe: dos mundos opuestos<sup>1</sup>

Juan Antonio LÓPEZ FÉREZ

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Madrid

## RESUMEN

Sófocles presenta las *Traquinias* con un argumento sencillo: una esposa solitaria (Deyanira) vive en el hogar familiar, temerosa de lo que pueda ocurrirle a su marido (Heracles), que, casi siempre, está lejos de los suyos y que, con frecuencia, mantiene relaciones sexuales con otras mujeres.

Heracles, respetuoso siempre con las divinidades, se nos presenta despreocupado por su familia (esposa, hijos, hogar). En el colmo de su desmesura y brutalidad envía a su mansión a su joven amante (Yole), sin dar ninguna explicación. Deyanira, paciente hasta entonces, decide atraerse a su esposo mediante un filtro amoroso, que, en realidad, resultará un veneno mortal.

Si Deyanira se quita la vida de un modo varonil, atravesándose con una espada, Heracles, gravemente enfermo, llora como una mujer, pide auxilio y piedad, no es capaz de nada, y, en cierto modo, se feminiza.

Análisis de los pasajes más destacados, subrayando la oposición de los dos mundos: la esposa paciente y el héroe brutal y desconsiderado.

## PALABRAS CLAVE

Sófocles, *Traquinias*, Amor, Matrimonio, Sociedad, Mito, Esposa, Esposo, Mundos opuestos.

## ABSTRACT

Sophocles offers a simple plot in his *Trachiniae*: a lonely wife (Deianeira) lives at home, fearful of any evil which could occur to her husband. He very often is out of his house and has frequent sexual intercourses with other women.

---

<sup>1</sup> Trabajo realizado dentro del Proyecto de investigación HUM2006-08548 de la Dirección General de Investigación (Ministerio de Educación y Ciencia).

Expuse una versión reducida del mismo durante el *XIX Simposio Nacional de Estudios clásicos*, celebrado en la Universidad Nacional de Rosario del 3 al 6 de octubre de 2006. Deseo expresar mi gratitud a tal Universidad por su excelente hospitalidad, y, asimismo, a la Universidad Nacional de La Plata, co-organizadora del Simposio, que quiso contar con mi presencia para tal ocasión. Agradezco todas las observaciones que me hicieron los colegas, tanto después de la lectura de mi conferencia, como en otros momentos del evento.

Esta contribución ofrece bastantes datos que aparecerán también en «El Heracles de *Traquinias*...», citado en la bibliografía.

(Mi reconocimiento a la UNED por la ayuda económica concedida para mi desplazamiento a dicha ciudad argentina).

Heracles, always respectful with gods, does not care about his family: wife, children, home. As final proof of his insolence and brutality he sends his lover (Iole) to his home, without any explanations. Deianeira, always patient till then, decides to conquer her husband with a love potion, which will really be a lethal poison.

Deianeira kills herself in a rather virile manner, running herself through with a sword. Heracles, seriously ill, cries like a woman, asks for help and piety, unable of anything, and acquires some rather feminine ways.

Exam of conspicuous passages of the piece, underlining the opposition of two worlds: the patient wife in front of a brutal and thoughtless hero.

#### KEY WORDS

Sophocles, *Trachiniae*, Love, Marriage, Society, Myth, Wife, Husband, Opposite worlds.

### 1. Heracles, héroe por excelencia

Heracles es, sin duda, el héroe panhelénico por excelencia, pues, por su linaje y sus grandes hazañas, desborda cualquier limitación local. En sentido estricto, hasta la propia Hélade se le quedó pequeña, ya que varias de sus relevantes gestas fueron realizadas en países lejanos. En el Ática disfrutaba de especial veneración, pues, como demuestran los especialistas, gozaba en la región de más lugares de culto que Teseo, el héroe atenien- se por antonomasia.

Nadie merece más que él el calificativo de héroe, en varios sentidos de la palabra: por su nacimiento (hijo de dios y mortal), por sus acciones sobresalientes al lado de los dioses, por sus hazañas en pro de los hombres. Los datos esenciales son bien conocidos por la tradición literaria griega. Zeus, siempre incontinente en lo que al sexo se refiere, deseó en grado sumo a Alcmena, casada pero todavía virgen, y tomando la figura de Anfitríon, esposo de la mencionada, se unió a ella y la dejó encinta del gran héroe heleno. Durante la misma noche en que el padre de los dioses sembrara su semilla en Alcmena, Anfitríon yació, por primera vez, con su legítima esposa, y le hizo concebir a Ificles, que sería hermano gemelo de nuestro héroe. Hera, que tantas infidelidades de su consorte había soportado, llevó muy a mal esa relación y odió a Heracles desde su misma concepción. Efectivamente, cuando a Alcmena le llegó la hora del parto, Hera engañó a Zeus haciéndole jurar que el descendiente que le naciera en tal día sería dueño absoluto de Argos; el padre de hombres y dioses aceptó gustoso, en la idea de que se trataba de su propio hijo, mas Hera, diosa del parto, adelantó dos meses el nacimiento de Euristeo y retrasó el de Heracles<sup>2</sup>.

Que la enemistad de Hera hacia Heracles —cuyo nombre significa etimológicamente «gloria de Hera», quizá por antífrasis— venía desde antiguo nos lo confirman varias fuen-

<sup>2</sup> Recordemos que de Zeus y Dánae nació Perseo; de éste y Andrómeda vinieron Alceo, Electrion y Esténelo, padres, respectivamente, de Anfitrion, Alcmena y Euristeo.

tes que cuentan que la soberana del Olimpo, cuando nuestro héroe era tan sólo un niño de corta edad, soltó unas enormes serpientes en la sala donde estaban las cunas de los gemelos, con la aviesa intención de acabar con la vida del pequeño. Si Ificles lloró aterrado al ver las sierpes, Heracles jugueteó con ellas hasta el momento en que vio las verdaderas intenciones de las bestias; entonces, las cogió con sus manitas y las estranguló en un santiamén. El odio de Hera llegó tan lejos que, pasados muchos años, le ordenó a Lisa (Locura) que perturbara las mentes del héroe, el cual, perdida la razón, acabó con la vida de sus hijos e, incluso, la de su esposa, según algunas versiones. No siempre hubo esa mala relación entre la reina celestial y el hijo de su esposo, pues, como varias fuentes nos dicen, ambos lucharon en el bando de Zeus, codo con codo, contra los Gigantes, en la famosa Gigantomaquia.

Heracles, nacido en Tebas donde sus padres vivían desterrados, está ligado, por su origen familiar, a la casa real de Argos-Micenas, pero muchas de sus hazañas y proezas fueron realizadas en distintas partes de la Hélade; por todo ello, se le tuvo por héroe panhelénico. Además, era conocido en Egipto, como nos informa Heródoto. Es más, ciertos rasgos heroicos lo asocian a una divinidad pregriega, extranjera, ctónica: su relación con Ónfale, a la que aludiremos, cabría entenderla desde ese ángulo. Se acepta hoy día que muchos relatos sobre Heracles arrancan desde época micénica, en cuya escritura está bien acreditado el término «héroe». Por otra parte, se le considera un héroe complejo, de múltiples rasgos: es un dios de la vegetación, para unos, pero recibe, al mismo tiempo, culto en varias localidades; se le ha visto, asimismo, como dios de la caza, con lo que podrían entenderse bien varias de sus victorias sobre animales salvajes de distinta índole. Otros lo han estudiado como héroe de una población campesina de escasa cultura: sus armas son sus propios brazos o una enorme maza que en su día fue rama verde de algún árbol; casi siempre trabaja para un amo. Vence todas las pruebas a que se ve sometido, es un «glorioso vencedor»<sup>3</sup>, y se le considera «el mejor de los hombres». Además, está ligado a varios mitos que apuntan al más allá, la vida de ultratumba: se explicarían, de ese modo, sus enfrentamientos con Hades, Cérbero, Gerión, y, también, su viaje hasta las Hespérides. Su muerte, en la que resulta devorado por las llamas, es interpretada por algunos como el fuego anual purificador, símbolo del nuevo año y la nueva vida. Los especialistas han visto su íntima relación con los oráculos<sup>4</sup>, y, asimismo, con los manantiales de aguas calientes. Todo esto hace pensar en una estrecha relación de Heracles con el mundo subterráneo, el reino de los muertos.

Su residencia última es ambigua, múltiple, pues en Homero unos pasajes lo sitúan en el Hades, pero otros nos dicen que vive entre los inmortales, casado con Hebe<sup>5</sup> (Juventud), hija de Zeus y Hera. Muchos rasgos aparentemente contradictorios pueden enten-

<sup>3</sup> Cf. el atributo *καλλίνικος*: Arquíloco, *Fr.* 324; Eurípides, *HF* 180,582, 681,789.

<sup>4</sup> Parke, H. W. - Wormell, D. E. W. (1956) *The Delphic oracle*. Oxford: 1, 340 ss.

<sup>5</sup> Varias noticias literarias confirman ese enlace: *Od.* 11.602-4; Hesíodo, *Th.* 950-5; *Fr.* 25.26-33; Píndaro, *N.* 1.69-72; 10.17-18; *I.* 4.73-8. Que la apoteosis tuvo lugar una vez que el héroe fue quemado en una pira lo leemos por

derse mejor si lo examinamos como dios y hombre a la vez. De hecho, algún estudioso lo ha visto como ejemplo evidente del paso de un hombre a la categoría de dios<sup>6</sup>. En realidad, algo sorprendente le sucedió ya en la concepción: lo engendró un dios, pero un hombre (Anfitrión) sostuvo con frecuencia su paternidad humana. Eurípides, lleno de ironía, recoge hábilmente en su *Heracles* algunos de esos aspectos de la vida y obras del héroe.

## 2. Heracles y Deyanira en la literatura griega hasta Sófocles

Es oportuno recordar algunos datos para comprender mejor cómo selecciona Sófocles sus materiales al escribir las *Traquinias*. Me limito a los puntos más sobresalientes.

1. En los poemas homéricos hallamos varias menciones del gran héroe, al que se alude con frecuencia mediante una perífrasis: «fuerza heraclea»<sup>7</sup>. Desde Homero, fines del VIII a. C., leemos lo del juramento que Hera le hizo pronunciar a su esposo en el sentido de que reinaría en Argos el descendiente que le naciera en aquel día, y cómo la diosa adelantó el nacimiento de Euristeo y retrasó el de Heracles<sup>8</sup>; el padre de los dioses, ardiendo de pasión hacia Hera, recuerda, con poco tacto, ante su legítima consorte, a alguna de sus amantes, entre las que aparece Alcmena, la que tuvo a Heracles, héroe de esforzado ánimo<sup>9</sup>; Tlepólemo heraclida, hijo de Heracles y Astioquea<sup>10</sup>, alude a su propio padre de arrojado valor y ánimo leonino<sup>11</sup>, que, en otro tiempo, llegara a Ilio por los caballos de Laomedonte y saqueara la ciudadela<sup>12</sup>; Zeus le recuerda a su esposa el terrible castigo que le impuso a causa de haber enviado por el mar, hasta Cos, al divino Heracles, arrastrado por Bóreas y las tormentas<sup>13</sup>; Aquiles, el mejor de los aqueos, le contesta irritado a su

---

primera vez en Eurípides, *Heracle*. 910-16, obra que puede fecharse hacia el 427 a. C. Por su lado, Sófocles, en *Ph.* 727-9, alude a la cremación, sin mucho detalle.

<sup>6</sup> Cf. más noticias en el correspondiente artículo «Herakles», (1912), *RE*, 8.1: 516-528; (1918), Suppl.3: 910-1121; (1974), 14:137-196; y en (1979), *Der Kleine Pauly*. Munich: 2,1049-1052.

<sup>7</sup> βίη Ἡρακλεΐη (*Il.* 11.690;15.640;18.117;etc.). No son muchos los personajes a que se aplica tal fórmula: Héleno (*Il.* 13.758, 770,781), Eneas (*Il.* 20.307), Teucro (*Il.* 23.859), Ificles (*Od.* 11.290, 296, 601), etc. La construcción fue productiva y la tenemos, asimismo, en Hesíodo.

<sup>8</sup> *Il.* 19.98 ss.

<sup>9</sup> *Il.* 14.324: κρατερόφρονα. Sólo cinco veces encontramos el adjetivo en Homero; en una de ellas (*Il.* 10.184) se atribuye a una fiera que viene de las montañas; otras cinco secuencias del término las ofrece Hesíodo, donde se le aplica a Equidna y a sus hijos (*Th.* 297, 308), y, en otro momento, también a Heracles (*Sc.* 458).

<sup>10</sup> Heracles se había llevado a Astioquea desde Éfira, tras devastar muchas ciudades de guerreros nutridos por Zeus: *Il.* 2.653. (Éfira pertenecía a Tesprotia)

<sup>11</sup> *Il.* 5.628: θρασυμήμονα θυμολέοντα. De las cinco veces en que este último adjetivo está registrado en Homero, califica a Heracles en otro texto (*Od.* 11.267) y a Aquiles (*Il.* 7.227). El primer adjetivo, en cambio, sólo se le atribuye a Heracles en las dos únicas secuencias en que lo encontramos: aquí y en *Od.* 11.267.

El pasaje iliádico no dice nada sobre que Laomedonte, rey de Troya, le había prometido al héroe esos caballos si salvaba a su hija Hesíone; después de liberada ésta, el monarca no cumplió su palabra. Precisamente en *Il.* 20.145 se habla de un terraplén, hecho por Atenea y los troyanos, por donde Heracles se escapaba cuando era perseguido por el monstruo marino (enviado por Posidón), que amenazaba la vida de Hesíone.

<sup>12</sup> *Il.* 5.642: «saqueó la ciudadela de Ilio y dejó viudas las calles» (Ἰλίου ἐξάλαιπαξε πόλιν, χήρωσε δ' ἀγυιάς).

<sup>13</sup> *Il.* 15.25: Ἡρακλῆος θείοιο. El castigo consistió en colgarla con dos yunques atados a los pies, al mismo tiempo que le ligaba las manos con lazos áureos irrompibles.

madre, poniéndole el ejemplo de Heracles<sup>14</sup>; Odiseo habla de Heracles y de Éurito ecalio, que rivalizaban con los inmortales en el manejo del arco<sup>15</sup>, y, asimismo, observa el arco y las flechas que le había regalado Ífito, hijo de Éurito, cuando buscaba unas yeguas en Lacedemonia, y, afirma que, posteriormente, Heracles, hospedado en casa de Ífito, le dio muerte y se quedó con tales animales<sup>16</sup>; el héroe se casó con Mégara, hija de Creonte<sup>17</sup>; una vez llegado a Hades, Odiseo reconoció, entre otras, a Alcmena, la que, tras haber recibido los abrazos de Zeus, tuvo a Heracles<sup>18</sup>, y, asimismo, vio a éste<sup>19</sup> con el arco y una flecha preparada y con un cinturón en que había grabada una escena extraordinaria: osos, jabalíes, leones, combates, luchas, matanzas, homicidios. El gran héroe se queja amargamente, ante el itacense fecundo en recursos, de haber servido a un hombre muy inferior a él, que lo había enviado a Hades para que se llevara el Can<sup>20</sup> hasta la luz, escoltado en su viaje por Hermes y Atenea.

2. Numerosas son las apariciones de nuestro héroe en Hesíodo<sup>21</sup>. Nos limitamos a lo esencial: Alcmena, tras unirse a Zeus, tuvo a Heracles<sup>22</sup>; éste dio muerte al tricéfalo Gerión en Eritía<sup>23</sup>, y acabó con la Hidra de Lerna, alimentada por Hera<sup>24</sup>, y con el León de Nemea<sup>25</sup>; mató el águila que devoraba el hígado de Prometeo<sup>26</sup>, atado con irrompibles cadenas; al final de sus trabajos se casó con Hebe, hija de Zeus y Hera, en el nevado Olimpo, y vive sin dolor entre los inmortales y carente de vejez por todos los siglos<sup>27</sup>.

El *Escudo*, posiblemente pseudohesiódico, nos presenta un Heracles justo y prudente, bastante lejano del homérico; nos recuerda que Alcmena tuvo dos gemelos: Heracles, de

<sup>14</sup> *Il.* 18.117-9: «Pues ni aun la fuerza de Heracles evitó su destino./ el que amadísimos era para Zeus Cronión soberano;/mas Mera lo domeñó y la terrible cólera de Hera». Podemos advertir dos razones para que el héroe muriera (por eufemismo se dice «domeñar»): Mera (o Moira) y Hera.

<sup>15</sup> *Od.* 8.224.

<sup>16</sup> *Od.* 21.26. Es un episodio oscuro.

<sup>17</sup> *Od.* 11.269.

<sup>18</sup> *Od.* 11.267. Se repite la fórmula vista en nota 11.

<sup>19</sup> *Od.* 11.601-4: «Y tras éste (sc. Sisifo) contemplé la fuerza heraclea./su espectro(εἶδωλον). Mas él, entre inmortales dioses./ disfruta en banquetes y tiene a Hebe de hermosos tobillos./hija de Zeus grande y de Hera, sandalias de oro». La situación es doble y confusa: su espectro está en Hades, y él, al mismo tiempo, habita entre los dioses, banqueteándose con las divinidades. Que en Hades están las almas como espectros (εἶδωλα) de los muertos lo leemos varias veces en Homero: *Il.* 23.72.104; *Od.* 11.476;24.14.

<sup>20</sup> Homero no usa apelativo alguno para denominar al Can infernal; si tenemos el nombre de Cérbero a partir de Hesíodo: *Th.* 311.

<sup>21</sup> Contamos, al menos, treinta y tres menciones del nombre propio o del adjetivo con él relacionado. No incluimos en ese número las secuencias en que se le llama Anfitrioniada o hijo de Zeus; es normal aludir a él con perífrasis: βίη (οἴς) Ἡρακλεΐη.

<sup>22</sup> *Th.* 943.

<sup>23</sup> *Th.* 289.

<sup>24</sup> *Th.* 315.

<sup>25</sup> *Th.* 332.

<sup>26</sup> *Th.* 530.

<sup>27</sup> *Th.* 951.

su unión con Zeus, e Ificles, de su esposo Anfitríon<sup>28</sup>. Pero, al mismo tiempo, nos ofrece un héroe que se enfrenta con ciertos dioses, que terminan por ceder ante él. Así, cuando Ares, dios de la guerra, le ataca, Heracles se defiende y le hace una gran herida en el muslo; por otro lado, da muerte a Cicno, hijo de ese dios<sup>29</sup>.

Asimismo, en los fragmentos del *Catálogo de las mujeres* o *Eeas*, espurio para muchos, hallamos datos de indudable importancia para nuestro propósito: Deyanira, domeñada por la fuerza heraclea, parió a Hilo, Gleno, Ctesipo y Onites; tuvo una gran ceguera en su espíritu cuando frotó con veneno la túnica y se la dio al heraldo Licas, que se la entregó a Heracles, destructor de ciudades<sup>30</sup>; éste la recibió y, al momento, se le presentó el cumplimiento de la muerte; murió y llegó al palacio muy quejumbroso de Hades; pero ya es dios y ha salido de todos los males; vive donde habitan los dioses que poseen mansiones olímpicas, inmortal y sin vejez, teniendo por esposa a Hebe, hija de Zeus y Hera. Además, ésta, que antes lo odiaba, ahora lo quiere muchísimo, sólo menos que a Cronión<sup>31</sup>. Leemos, además, que en la misma noche se unieron con Alcmena Zeus y Anfitríon, el cual yacía por primera vez con su consorte; el resultado fueron dos hijos; precedente del último, Ificles, y del primero, «un hombre terrible y esforzado, la fuerza heraclea»<sup>32</sup>. Se hace referencia a los Centauros, tanto a los que escaparon de las manos de Heracles como a los que perecieron<sup>33</sup>. Asimismo, se nos dice que Heracles fue padre de Télefo, tras haberse unido con la madre de éste cuando perseguía los caballos de Laomedonte<sup>34</sup>. Se alude a la lucha del héroe contra Neleo, y, de modo especial, frente a Periclímeno, hijo del anterior, y se indica que devastó Pilo<sup>35</sup>.

3. Los *Himnos* homéricos nos hablan de Heracles, al que parió Alcmena tras haberse unido con Zeus<sup>36</sup>.

4. Heracles fue el centro de varias epopeyas perdidas para nosotros. En el *Saco de Ecalia*<sup>37</sup>, poema épico atribuido por algunos a Homero y por otros a Creófilo de Samos, había

<sup>28</sup> Sc. 52.

<sup>29</sup> Sc. 452 ss.

<sup>30</sup> Fr. 25.3: Ἡρακλῆϊ πολίπορθοι. Homero utiliza dieciocho veces el calificativo πολίπορθος; diez, referido a Odiseo; cuatro, a Aquiles; una, a Ares; etc. En Hesíodo sólo lo encontramos en cuatro secuencias; de ellas, dos califican a Heracles, la presente y el Fr. 229.17; otra, a Ares.

Algunos estudiosos creen que Deyanira mató voluntariamente a Heracles, y no por error. Cf. Levett (2004: 31).

<sup>31</sup> Fr. 25.

<sup>32</sup> Fr. 195.51-2 (=Sc.51-2): φῶτα / δεινόν τε κρατερόν τε, βίην Ἡρακλειήν.

<sup>33</sup> Fr. 302.18.

<sup>34</sup> Fr. 165.10.

<sup>35</sup> Fr. 33 a; 35. Ya en *Il.* 11.690, Néstor (hijo de Neleo) cuenta cómo Heracles eliminó a sus once hermanos.

<sup>36</sup> *H.hom.* 15.1.

<sup>37</sup> Οἰχαλίας ἄλωσις. En el Fr. 1, Heracles le dice a la joven: «¡Oh mujer! Tú misma ves eso con tus ojos». Por otro lado, Estrabón (14.1.14 ss) nos ha transmitido un epigrama de Calímaco (*Epigr.* 6.1-4) que dice así: «Obra soy del samio que, en otro tiempo, en su hogar, al divino aedo/ recibió, y canto a Eurito, cuanto padeció./y a la rubia Yole, y me llamo homérico/ escrito. Para Creófilo, Zeus amigo, grande es esto». Por su parte, Eustacio (*In Il.* 1.461.12 ss) menciona a Ecalia, Eurito y Yole, por la que Heracles destruyó aquella ciudad.

alguna mención de Yole, la hermosa hija de Éurito, rey de Ecalia, ciudad que sería destruida por el héroe. Además, Pisandro de Rodas escribió una *Heracía*, en los siglos VII-VI a.C., de la que nos han llegado algunos fragmentos<sup>38</sup>. A su vez, Paniasis de Halicarnaso, primo o tío de Heródoto, publicó en el V a.C. otra *Heracía* en catorce libros<sup>39</sup>.

5. Entre los líricos hay varias apariciones del gran héroe: lo encontramos en algunos fragmentos de Arquíloco<sup>40</sup>, Tirteo, Alcmán, Íbico. Por lo que a nosotros se refiere, sobresale Estesícoro, autor, entre otros poemas, de la *Gerioneida*<sup>41</sup> y *Cicno*<sup>42</sup>, en los cuales nuestro personaje ocupaba lugar destacado. Estesícoro, además, fue el primero, al parecer, en presentar a Heracles dotado de un palo, piel de león y arco<sup>43</sup>; habría tratado, asimismo, cómo dio muerte a los hijos tenidos con Mégara, primera esposa del héroe<sup>44</sup>.

Lugar especial ocupan Píndaro y Baquilides. El primero nos recuerda la doble unión de Alcmena<sup>45</sup>, varias veces señalada, precisando que Zeus la buscó a medianoche<sup>46</sup>, e indicando que Hera lanzó unas serpientes contra el recién nacido; cuando éste las eliminó, Tiresias se pronunció acerca de las hazañas futuras del pequeño<sup>47</sup>; el poeta de Tebas alude, además, a que Heracles asoló Troya por primera vez<sup>48</sup>, se enfrentó a Posidón en Pilo<sup>49</sup> y venció a Cicno<sup>50</sup>; tuvo ocho hijos con Mégara, hija de Creonte<sup>51</sup>; es yerno de Hera, está casado con Hebe y vive en áureo palacio<sup>52</sup>; instituyó la Olimpiada<sup>53</sup>. Un fragmento de especial significado para nosotros señala que, cuando Heracles bajó a

<sup>38</sup> Fr. 1-12. Se nombra en ellos a Atenea (Fr. 7) y los Centauros, carentes de razón (Fr. 9).

<sup>39</sup> Nos han llegado 26 fragmentos o noticias. En el Fr. 31, de dudoso origen, es citado el Aqueloo de remolinos argénteos.

<sup>40</sup> Mencionemos de éste los Fr. 276, 288, 286, 287 y 324.

<sup>41</sup> Fr. 181 PMG. El Centauro Folo le ofrece al héroe una copa de tres «líginos», es decir, de una capacidad aproximada de 9,72 litros (un lígino equivale a doce cótilas, y cada cótila supone 0,27 litros).

<sup>42</sup> Fr. 207 PMG. Se recoge en él un escolio a Píndaro (O.10.19) en que se nos indica que Heracles luchó y venció a Cicno, hijo de Ares que vivía a la entrada de Tesalia y quería hacerle a Apolo un templo con las cabezas de los extranjeros que pasaban por sus tierras.

<sup>43</sup> Fr. 229 PMG. Procedente de Ateneo 512 e.

<sup>44</sup> Fr. 220 PMG. Tomado de Pausanias (9.2.2), donde se afirma que tanto Estesícoro como Paniasis se habían ocupado de esos hechos: los tebanos, en cambio, sostenían que Heracles, llevado de la locura, se dispuso a matar incluso a Anfitríon, hasta que le entró sueño producido por el golpe de una piedra. (Eurípides, HF 1002 ss, recoge bien ese momento en que Atenea golpea al héroe con una roca). Conviene recordar también el Fr. 231 PMG en que leemos que ni Homero ni Hesíodo ni Estesícoro hablan de Heracles el egipcio ni el fenicio, sino sólo del beocio o argivo.

<sup>45</sup> P. 9.87.

<sup>46</sup> I. 7.7.

<sup>47</sup> N. 1.33.

<sup>48</sup> I. 5.37.

<sup>49</sup> O. 9.30.

<sup>50</sup> O. 10.30.

<sup>51</sup> I. 3-4. 82.

<sup>52</sup> I. 3-4. 77-8.

<sup>53</sup> O. 2.3. Sabemos por otras fuentes que todo ocurrió porque Augías no quiso pagarle lo prometido tras haberle limpiado los establos.

Hades, vio allí a Meleagro, que le pidió que se casara con su hermana, Deyanira; aceptó la invitación, pero cuando se dirigía a Etolia, donde la joven vivía, se encontró con Aqueloo, que también la pretendía; ambos lucharon, y el héroe le arrancó un cuerno a su rival; éste sólo pudo recuperarlo cuando le entregó a su contrincante el cuerno de Amaltea<sup>54</sup>.

Baquílides, por su parte, recoge el descenso del héroe a Hades y su encuentro con Meleagro, al que le manifiesta su deseo de casarse con alguna hija de Eneo<sup>55</sup>; en otro lugar, de origen dudoso, se habla del Centauro que se lanzó sobre la doncella; gritó ésta y, entonces, el héroe mató al monstruo salvaje con un golpe de su clava<sup>56</sup>. Mucho más importante para nuestro objetivo es el poema 16 (ditirambo 2) que contiene buena parte de los hechos que veremos en *Traquinias*: el héroe ha saqueado Ecalia y se dirige al promontorio Ceneo para celebrar unos sacrificios<sup>57</sup>; Deyanira recibe la noticia de que su consorte envía a Yole «de blancos brazos» como «esposa» a su espléndida mansión; entonces, la perdieron los celos y el velo sombrío de lo que sucedería después, porque funesto prodigio había recogido del propio Neso<sup>58</sup>. Precisamente, basados en los paralelismos entre el poema baquilideo y las *Traquinias*, algunos autores han pensado que ambos poetas partieron de una tradición independiente, perdida hoy para nosotros. Ciertos estudiosos insisten, además, en que Baquilides no depende de Sófocles, porque presenta una Deyanira totalmente carente de culpa.

6. Los logógrafos e historiadores de los siglos VI y V, anteriores a Sófocles o de su misma época, suministran bastantes noticias referentes a Heracles, pertinentes, en buena medida, para nuestro estudio.

<sup>54</sup> Fr. 249 a.

<sup>55</sup> Ep. 5.71 ss. Es decir, el padre de Meleagro y de Deyanira. Nelli (2006:92) compara cuidadosamente ese episodio y las *Traquinias*; apoyándose en prestigiosos especialistas sostiene que el primero es más antiguo que la obra sofoclea y subraya que Heracles, al conocer la historia de Meleagro, llora en el poema de Baquilides (Ep. 5.156-7: Ἀμ-/φιτρύωνος παῖδα μούνον δὴ τότε/τέγξει βλέφαρον... «El hijo de Anfitríon, sólo entonces, humedeció su párpado»), donde podría apuntar la inversión de funciones (masculinización de Deyanira y feminización de Heracles) que veremos en la pieza sofoclea. Por otro lado hay otra estrecha semejanza entre ambas composiciones poéticas: una mujer (Altea-Deyanira) vence a distancia sobre un varón (Meleagro-Heracles) mediante algo que mantiene oculto y de modo secreto en el seno del hogar (una urna con el tizón, en Baquilides; la sangre de Neso, en Sófocles).

<sup>56</sup> Fr. 64.

<sup>57</sup> El lírico puntualiza algunos detalles del sacrificio que el héroe se dispone a hacer: nueve toros para Zeus, dos para Posidón y una novilla para Atenea.

<sup>58</sup> Los críticos no se ponen de acuerdo respecto a la cronología de este poema: cf. Hoey (1979) y March (1987); para unos es anterior a las *Traquinias*, para otros, posterior. Kapsomenos (1963:1-17) sostiene que Baquilides no sigue a las *Traquinias*.

Levett (2004: 34) supone que el poema de Baquilides representa una versión del mito según la cual Deyanira envía la túnica a Yole, y ésta, a su vez, se la entrega a Heracles: parte de los estudios iconográficos de un vaso en que una joven se nos muestra entregando el vestido a Heracles. Se han buscado conexiones con el mito de Medea tal como lo presenta la obra homónima de Eurípides: el envío del velo y otros adornos a la nueva esposa de Jasón.

Ferecides de Atenas proporciona abundante información: a propósito del doble embarazo de Alcmena explica, por extenso, cómo se presentó Zeus con la forma de Anfitríón a fin de unirse con la doncella<sup>59</sup>; insiste también en que Anfitríón, queriendo saber cuál de los dos niños era suyo, puso unas serpientes en el lecho, y, como Ificlo huyera, supo que era su hijo, pues Heracles les hizo frente<sup>60</sup>; nos habla de la expedición de los Argonautas<sup>61</sup>, de lo que sucedió tras la primera destrucción de Troya<sup>62</sup>, del episodio de Atlas<sup>63</sup>, de Anteo<sup>64</sup>, de Helio, que le regaló al héroe una copa en la que cruzó el mar hasta Eritía<sup>65</sup>, de su lucha con los hijos de Posidón<sup>66</sup>, de su relación con la Olimpiada<sup>67</sup>, de los hijos habidos con Mégara<sup>68</sup>, etc.

Heródoto es una fuente muy rica para el estudio de Heracles. Sostiene que, entre los helenos, los dioses más recientes son Dioniso, Heracles y Pan, mientras que, para los egipcios, Heracles es uno de los doce dioses de la segunda clase<sup>69</sup>; cree que los helenos tomaron el nombre del héroe a partir de los egipcios, y no al revés<sup>70</sup>; piensa que hacen bien los helenos que tienen dos tipos de heracleos (templos dedicados en honor de Heracles), haciéndole sacrificios en unos como dios, y, en otros, como héroe<sup>71</sup>. Estuvo muy atento al culto ofrecido al gran héroe en templos<sup>72</sup>, altares<sup>73</sup> y santuarios<sup>74</sup>; asimismo reparó en la existencia de un oráculo egipcio consagrado a aquél<sup>75</sup>. Observó que los escitas veneraban a Afrodita, Heracles y Ares<sup>76</sup>. Recoge la noticia de que, cuando Hera-

<sup>59</sup> Fr. 27 a 18.

<sup>60</sup> Fr. 28 a 4. Recogido en Apolodoro, 2.4.8.

<sup>61</sup> Fr. 67 a. De un escolio a Apolonio, 1.1290: Antímaco en la *Lide* había afirmado que Heracles se vio obligado a desembarcar porque la Argo iba sobrecargada a causa de lo mucho que pesaba. La noticia la ofrece también Ferecides.

<sup>62</sup> Fr. 35.1. De un escolio a *Il.* 14.255. Arrastrado por una tormenta, por voluntad de Hera, el héroe llegó a Cos, pero Eurípilo, hijo de Posidón, no le dejaba desembarcar; Heracles, irritado, dio muerte a Eurípilo y sus hijos y se unió con una hija del mismo llamada Calciopé, con la que engendró a Tésalo.

<sup>63</sup> Fr. 33.36. Corresponde a un escolio a Apolonio, 2.1396. Recoge lo pertinente a Atlas, las manzanas de las Hespérides y el hecho de haber sostenido la bóveda celeste.

<sup>64</sup> Fr. 33 e 1.1.

<sup>65</sup> Fr. 33 e 1.3.

<sup>66</sup> Fr. 36 a. Procede de un escolio a *Il.* 11.709: luchó y venció a Ctéato y Éurito, hijos de Posidón y Molione, que tenían un solo cuerpo, pero dos cabezas, cuatro manos y otros tantos pies; así, destruyó Elis.

<sup>67</sup> Fr. 36 b.

<sup>68</sup> Fr. 30.2. Viene de un escolio a Píndaro, *I.* 1.104. Hay discrepancias, según los autores.

<sup>69</sup> 2.145. Considera que desde el nacimiento de tales dioses hasta sus propios días habían transcurrido, respectivamente, 1600, 900 y 800 años.

<sup>70</sup> 2.43.2.

<sup>71</sup> 2.44.

<sup>72</sup> Tanto en Tiro (2.44) como en una boca del Nilo (2.113.2).

<sup>73</sup> 7.176.3: «Al Poniente de las Termópilas, un monte inaccesible, escarpado, elevado, se extiende hasta el Eta, y la parte del camino que da al Levante la constriñe el mar, y hay marismas. Y en esa entrada hay unos baños calientes a los que los lugareños llaman Citros [«Ollas»], y en ellos hay construido un altar de Heracles».

<sup>74</sup> 6.108.3. Se trata de un *témenos*, recinto consagrado al héroe.

<sup>75</sup> 2.83.

<sup>76</sup> 4.59.

cles venía de regreso tras haberse apoderado de las vacas de Gerión, llegó a Escitia, donde se unió con una víbora con mezcla de virgen, dejándola embarazada de tres hijos: Agatirso, Gelono y Escita; sólo éste fue capaz de tender el arco y ceñirse la banda que el héroe dejara, y de él descienden los reyes escitas<sup>77</sup>.

Acusilao, a su vez, afirma que Heracles murió por causa del fuego<sup>78</sup>. Por otro lado, aunque se trata de hechos posteriores a la tragedia que nos interesa, podemos recordar aquí que Tucídides habla de la fiesta sacrificial que se celebraba en Siracusa en honor de Heracles<sup>79</sup>. Con la misma intención, y en este caso ateniéndonos a escritos aproximadamente coetáneos de las *Traquinias*, convendría recordar que en la *Colección hipocrática* se habla en varias ocasiones del heracleo de Tasos<sup>80</sup>.

7. Con respecto a la tragedia, debemos mencionar a Frínico, en cuya *Alcestis* Heracles vencía a Tánato (Muerte) en dura lucha<sup>81</sup>. Esquilo, a su vez, recogió el famoso episodio de los Minias de Orcómeno<sup>82</sup> y escribió unos *Heraclidas* de los que estamos mal informados; se ocupó, además, de Télefo<sup>83</sup>, hijo del héroe, y de la liberación de Prometeo por obra de Heracles<sup>84</sup>.

Ión de Quios, a mediados del siglo V, es autor de varios dramas que abordaron el tema mítico que venimos examinando. Nos lo demuestran los escasos fragmentos que nos han sido transmitidos de tragedias como *Alcmena* y *Eurítidas* y del drama satírico *Ónfale*<sup>85</sup>.

Eurípides, a su vez, en su *Hipólito*, representado en el 428 a.C., recoge el motivo de la «potra» de Ecalia no uncida al lecho<sup>86</sup>, desconocedora hasta entonces de varón y matrimonio, entregada por Cipris al hijo de Alcmena tras haberla desligado de la mansión de Eurito: se la compara allí con una bacante envuelta en sangre, humo y sanguinarios himeneos.

<sup>77</sup> 4.9.1 ss. Por lo demás, el historiador de Halicarnaso menciona varias veces las columnas de Heracles (1.203; 2.33; 4.43.3; 8.132.3. Cf. Píndaro, *N.* 3.21). También alude a los Heraclidas en diversos pasajes (Véase también Píndaro, *P.* 1.63, donde leemos que viven, como dorios, bajo las lomas del Taigeto).

<sup>78</sup> 9 c D.-K.

<sup>79</sup> 7.73.2.

<sup>80</sup> *Epid.* 1.2.9, 2.666.3; 1.13.6, 2.698.6; 3.3.3.112.13 L. Esos dos libros (1 y 3) de las *Epidemias* corresponden quizá a los años 430 a. C., aproximadamente.

<sup>81</sup> *Fr.* 2. Interesante es también el *Fr.* 3 a, donde se alude a la lucha del héroe contra Anteo.

<sup>82</sup> Cf. en la edición de Radt la introducción al drama satírico *Heraclidas* (*Fr.* 108-113). Heracles atacó a los Minias de Orcómeno que habían impuesto un impuesto oneroso a Tebas; por todo pago, les cortó la nariz y las orejas. Para los *Heraclidas*, véanse los *Fr.* 73 b-77.

<sup>83</sup> *Fr.* 238-240. Cf., además, *Tragica Adespota* 560.

<sup>84</sup> *Fr.* 199.

<sup>85</sup> Cf., respectivamente, *Fr.* 5a-8, 10-13 y 17-33.

<sup>86</sup> Es decir, Yole: *Hipp.* 545-554. Kapsomenos (1963:18-38) ha visto los paralelos entre *Alcestis* (representada en 438 a. C.) y *Traquinias*. Los estudiosos han subrayado repetidas veces la semejanza de la despedida de *Alcestis* con el relato de la nodriza sobre la muerte de Deyanira.

No poca atención merece el comediógrafo Epicarmo, aunque de títulos como *Heracles junto a Folo*, y *Heracles en pos del ceñidor*<sup>87</sup> no sabemos casi nada. Tampoco entraremos en la presencia del héroe a partir del siglo v a. C.<sup>88</sup>.

### 3. Las *Traquinias* de Sófocles

Sófocles, pues, contando con una larga tradición literaria de la que estamos mal informados, escribió una tragedia de argumento sencillo: una esposa solitaria, Deyanira, temerosa de lo que pudiera ocurrirle a su marido, el cual, con frecuencia, tiene relaciones sexuales con otras fuera de su hogar; por otro lado, un héroe casi divino, Heracles, respetuoso en sumo grado con las divinidades, llamado el «mejor de los hombres», pero ajeno a las convenciones sociales; ausente, casi siempre, despreocupado de su familia, terriblemente apasionado por una joven hermosa (Yole), a la que convierte en su amante tras haber aniquilado a su padre y país. La esposa legítima, hasta entonces paciente, acaba de recibir en su mansión a la amante del marido; tras eso, decide atraérselo mediante lo que cree un filtro amoroso, pero que, en realidad, resultará ser un veneno terrible que acabe con la vida del héroe.

El motivo central de *Traquinias* es el poder terrible de Eros sobre los mortales; en ese sentido se la puede considerar una verdadera tragedia erótica, a la misma altura que las euripideas *Medea* e *Hipólito*<sup>89</sup>. Además, Afrodita, para algunos madre de Eros, desempeña una función primordial en el desarrollo del drama, pues explícitamente la encontramos como árbitro de la terrible lucha de Heracles y Aqueloo<sup>90</sup>, el premio de la cual era precisamente la boda con Deyanira. En otra ocasión la diosa soberana de los impulsos amorosos figura como responsable de todo lo que sucede en la obra que estudiamos<sup>91</sup>. En *Traquinias*, por lo demás, hallamos varias alusiones al lecho conyugal que contienen indudable contenido erótico; de modo especial, la referencia a cómo la esposa prepara las ropas del mismo, momentos antes de quitarse la vida. Seres monstruosos como el río

<sup>87</sup> Véanse, respectivamente, los Fr. 39-67.

<sup>88</sup> No es este el lugar para hablar de la importancia del héroe a partir de siglo v a. C. No obstante, recordemos que Herodoro de Heraclea (V-IV a.C.) escribió un *Discurso referente a Heracles* en que, de algún modo, idealizó y divinizó al gran héroe. Su obra tuvo influencia en la posteridad. Por otro lado, si el sofista Pródico nos presenta al héroe en el momento de elegir entre la virtud y el placer, su discípulo Antístenes sería clave para la buena aceptación del personaje entre los cínicos, especialmente como representante de la autosuficiencia y la filantropía, el sufrimiento y la fidelidad; para esa escuela filosófica, Heracles es el modelo del hombre completo, del luchador infatigable.

<sup>89</sup> W. Schmid ha señalado otros puntos de contacto de *Traquinias* con los dramas euripideos: el elogio de una esclava (*Tr.* 63) que habla como una libre; eros como enfermedad irresistible (445,544); el uso de la carta con valor dramático (47,157); la extensa exposición sobre el estado físico lamentable del héroe (983 ss); la descripción de la nodriza sobre cómo Deyanira se da muerte (900 ss; Cf. *Alcestis* 157 ss); la previsión sobre el futuro de Yole y el casamiento con Hilo (1221 ss); las palabras blasfemas respecto a la divinidad (1266-7); etc. Cf. Schmid - Stählin (1934: 375). Para el tema del amor en nuestra pieza, véanse, sobre todo, los trabajos de Fialho (1975) y Douterelo (1997).

<sup>90</sup> *Tr.* 497-498; 515-516.

<sup>91</sup> *Tr.* 860-861.

Aqueloo (ya en Píndaro), el Centauro Neso (Baqúlides) y la Hidra policefálica (Hesíodo), bien conocidos por la tradición literaria desde época arcaica, le sirven al poeta para subrayar el poder violento, sobrehumano, bestial, propio del impulso erótico, y, al mismo tiempo, para insistir en la debilidad del orden y la civilización humanos. Los seres mortales son invadidos, apresados, destruidos por Eros, potencia divina, con lo que se pone de relieve la fragilidad suma de la civilización y de las normas humanas. Deyanira, al mencionar la pasión de Heracles por Yole, la considera una *nósos*<sup>92</sup>, es decir, una enfermedad, una afección, de las muchas que, por los mismos años (o quizá un decenio después) en que la obra fue representada, estaban examinando, estudiando y anotando por escrito los autores de la *Colección hipocrática*. La heroína insiste en que Heracles había padecido esa afección en numerosas ocasiones<sup>93</sup>.

Conviene recordar que la tragedia ateniense se representa ante un público mayoritariamente masculino, pues, si bien algunos estudiosos insisten en la presencia de mujeres entre el auditorio, la opinión más aceptada es que, en todo caso, se trataría, en general, de una minoría. *Traquinias*, en realidad, no plantea dudas sobre el reparto de funciones dentro del matrimonio, pero sí expone ante los espectadores el castigo que recibe quien viola las normas de la institución matrimonial. La obra es rica en matices: el control del deseo erótico ha de darse tanto en hombres como en mujeres; la mujer, de cuyo desenfreno erótico nos hablan varios textos de la época, ha de contener su pasión amorosa, pero también tiene que hacerlo el varón, que debe ser mesurado en sus infidelidades amorosas fuera del hogar conyugal, y, sobre todo, ha de respetar a su consorte dentro del seno familiar. La introducción de Yole en la mansión conyugal es un elemento de ruptura, pues supone un menoscabo de la esposa legítima y de la institución matrimonial. Por los datos de que disponemos en la Atenas del momento no se reprobaba que un varón tuviera relaciones sexuales (con ambos sexos) fuera del matrimonio, pero, en cambio, se censuraba introducir una concubina en el hogar familiar, y, mucho más, tener hijos ilegítimos con ella. Nuestra tragedia expone, de modo excepcional en su autor, el deseo sexual de una mujer que echa en falta la presencia de su esposo en el lecho conyugal. Ahora bien, la pasión amorosa adquiere carácter destructor, no por el comportamiento de Deyanira (que en fin de cuentas lucha por mantener unida a su familia y al mismo tiempo disfrutar de las ventajas indudables de ser la esposa legítima, *δάμαρ*), sino por el descontrol sexual de Heracles. De este modo, *Traquinias* contiene críticas, más o menos abiertas, respecto a la situación familiar y social de su tiempo y, en cierto modo, subvierte valores tradicionalmente admitidos y sostenidos por la ideología masculina dominante en aquellos años.

<sup>92</sup> Cf. Tr. 445-446.

<sup>93</sup> Además, el propio héroe se refiere abiertamente a su «enfermedad», llamándola afección salvaje que lo devora y enloquece: Tr. 974-975, 979-981, 987, 1026-1030.

Nuestro poeta sitúa en Traquine (o Traquis) el escenario de las *Traquinias*, cuyo nombre procede de las jóvenes que constituyen el Coro. Traquine era una ciudad pequeña, cercana al mar, situada al fondo del Golfo maliaco, no lejos del monte Eta ni de la punta noroeste de la isla de Eubea. La esposa de Heracles, Deyanira, y algunos de los hijos del matrimonio viven allí en una mansión que les ha prestado el rey de aquellas tierras<sup>94</sup>.

*Traquinias* tiene 1278 versos. Como en otras obras primeras del tragediógrafo, cabe ver en ella una composición díptica: en la primera parte prevalece Deyanira, la protagonista; en la segunda, Heracles, el deuteragonista. La distribución no es simétrica, pues hasta el verso 970 se nos habla de la mansión de Heracles que espera con ansiedad la llegada del héroe. Se trata de un verdadero *nóstos*, como los famosos regresos de los héroes después de la guerra de Troya, pero de un tipo muy especial, pues los dos personajes centrales se destruyen mutuamente sin llegar a encontrarse. Los estudiosos están de acuerdo en que las tres obras sofocleas más antiguas son *Ayante*, *Antígona*<sup>95</sup> y *Traquinias*, y, por lo común, opinan que esta última es la más moderna. Las tres contienen algunos rasgos literarios especiales que las diferencian del resto, como la distribución de la tragedia en dos partes y la ausencia de diálogos en que intervienen, al mismo tiempo, tres personajes. No tenemos certeza de cuándo se representaron las *Traquinias*, pero los especialistas se inclinan por una fecha anterior, en todo caso, al 430 a.C.<sup>96</sup>

Deyanira<sup>97</sup> se nos muestra como la esposa fiel, preocupada por su familia y hogar, que poco, o nada, sabe de lo que hace su esposo durante sus largas ausencias; cuida el hogar y atiende a varios hijos, entre los que destaca Hilo (otros hijos están con Alcmena, viviendo en Tirinte, o en Tebas, sin más explicaciones)<sup>98</sup>. Está informada de que Heracles le es infiel con frecuencia, asunto que parece no importarles demasiado, o, que, en todo caso, sabe disculpar con elegancia. Llegado el momento, se muestra compasiva con las escl-

<sup>94</sup> Es seguro que en la mansión del héroe vivían varios hijos habidos con Deyanira, pues así se desprende de las palabras de la nodriza (*Tr.* 54). Por lo demás, en nuestra obra no se menciona en absoluto el primer casamiento del héroe con Mégara, bien conocido por la tradición literaria anterior. Apolodoro, que recoge muchos datos de ese pasado mítico, nos dice que Heracles, una vez acabados sus trabajos, entregó a Mégara, como esposa, a Yolao (2.127.2), y, él, deseando casarse y sabedor de que Éurito, rey de Ecalia, había prometido casar a su hija Yole con quien le ganara en el uso del arco, allí se dirigió; pero Éurito, a pesar de ser derrotado en el concurso, no quiso entregarle a su hija, por lo que Heracles conquistó Ecalia y la arrasó.

<sup>95</sup> *Antígona* es del 442 a.C.

<sup>96</sup> Easterling (1989: 23) se inclina por los años 457-430, sin precisar más. Casi nadie apoya hoy la tesis de Wilamowitz, según la cual la obra sofoclea es posterior al *Heracles* de Eurípides; véase el estudio, todavía hoy imprescindible, de Wilamowitz Moellendorff, U. von (1969, reimp. de 1895<sup>2</sup>) *Eurípides. Herakles*, Darmstadt, 2: 153. (Cf. más datos en Schmid-Stählin (1934: 374 ss).

<sup>97</sup> Sustantivo formado sobre el adjetivo δῆϊος, «enemigo», «destructor». El significado puede ser «la que destruye (o mata) a su marido». Así Chantraine, P. (1968) *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, París: 271). Pero pudiera aceptarse, con algunos investigadores, la relación de dicho adjetivo con el verbo δαίω, «quemar, abrasar», con lo que el sentido sería, quizá, «la que abraza a su marido», o «la que arde por su marido», según se entienda el primer elemento como activo o pasivo.

<sup>98</sup> *Tr.* 1153-4.

vas llegadas a su hogar, y, de modo especial, con Yole. Siente deseo sexual hacia su marido y la domina el miedo de que Yole la desplace como «esposa legítima». Si al principio está dispuesta a aguantar la nueva situación, cambia luego de idea al pensar que serán dos en el mismo lecho y que, en realidad, Heracles tendrá trato sexual sólo con la joven. Si hasta entonces las numerosas infidelidades del héroe no habían perturbado la distribución de funciones dentro de la mansión, ahora, con la llegada de Yole como amante del héroe, todo cambia y se altera. La protagonista busca la confianza de su nodriza que, aun siendo esclava, le da consejos propios de una persona libre<sup>99</sup>. El poeta se concentra de modo especial en Deyanira, pues casi las dos terceras partes de la tragedia están dominadas por la presencia de la heroína, cuya vida depende en todo de su ausente esposo.

A su vez, Heracles es un personaje de índole compleja en nuestra obra, y, posiblemente, en la tradición literaria perdida. Por un lado, se nos muestra egoísta, cruel, inhumano, violento en grado sumo. Aparece en la última parte de la tragedia: se nos presenta como un héroe primitivo y sobrehumano. El trágico no hace nada por humanizar su presencia, por hacerlo comprensible para los espectadores; al contrario, con gran habilidad y mediante las intervenciones de los personajes, en especial de Deyanira, se esfuerza por destacar el profundo salvajismo y brutalidad de Heracles, egocéntrico en grado sumo, incapaz de mostrar ni la más pequeña muestra de ternura ni de humanidad en los momentos más decisivos; Deyanira, en cambio, la que peor parte ha llevado a lo largo de su matrimonio, la que más ha sufrido en silencio los excesos de su consorte, contribuye de modo magistral a dibujar el perfil de un héroe que estaba por encima de normas humanas y convenciones sociales tales como la atención y respeto hacia la esposa, la preocupación por los hijos, la prudencia y moderación en el modo de comportarse y expresarse. Mas, por otro lado, es el liberador de la humanidad a la que ha hecho enormes favores, eliminando monstruos y malhechores por dondequiera que ha pasado. Se le llama «el mejor de los hombres» por boca de distintos personajes<sup>100</sup>. Dentro de su función liberadora, y llevado por su pasión amorosa, por dos veces salvó a Deyanira: de Aqueloo y de Neso, dos seres monstruosos; pero, a su vez, vencido por Eros, aniquiló la ciudad de Ecalia arrastrado por su deseo hacia Yole; en el primer caso constituyó una familia, institución esencial y civilizadora por cuanto regula el sexo y la procreación; en el segundo, aniquiló una ciudad y, a la larga, destruyó su familia y, en el colmo de sus excesos, se buscó la propia perdición. Al final de la obra que revisamos, cuando le ordena a Hilo, su hijo, que se case con Yole y constituya una nueva familia, vuelve a ser el héroe defensor de la humanidad y de las instituciones más importantes de la misma.

<sup>99</sup> Tr. 62-63. Un rasgo que encontramos frecuentemente en Eurípides.

<sup>100</sup> Deyanira, v.177 (πάντων ἀρίστου φωτὸς ἐστερημένην); Hilo, vv.811 (πάντων ἀρίστον ἄνδρα τῶν ἐπὶ χθονί). En ambos casos en una situación enfática; al final de las secuencias pronunciadas por los ya mencionados.

La obra nos presenta dos mundos opuestos: Heracles vive, casi siempre, fuera y lejos de los suyos; Deyanira, por su parte, se limita a sus funciones dentro del hogar (el οἶκος). Hay muchas resonancias de la *Odisea* en estos detalles, pero, a diferencia de lo que ocurre en el poema homérico, en *Traquinias* los esposos no llegan a verse. Se tiene la impresión, pues, de que estamos ante dos planos irreconciliables, antinómicos: el del gran héroe que vive fuera de su hogar, sin relación afectiva con los suyos, entrando y saliendo de la mansión sin dar explicaciones, y, frente a eso, la esposa paciente y resignada que se ocupa del hogar y de los hijos, pasando por alto las numerosas infidelidades de su marido. Para el héroe, por decirlo en breves palabras, su esposa no cuenta nada, ni viva ni muerta, como veremos. Deyanira, en cambio, sí es un ser humano con las preocupaciones y limitaciones normales; sufre en silencio, pero, tras recibir en su propio hogar a Yole, teme que a partir de ese momento su esposo sólo atienda y desee a la joven; no aguanta más la situación; quiere atraerse el amor de su marido. Así, la crueldad desmedida de Heracles cuando, sin reparo alguno, ordena llevar a su amante al hogar familiar, será la desmesura decisiva que lo llevará a la perdición, pues quedará apresado y casi aniquilado por la túnica enviada por su mujer que, en realidad, pretendía ganarse de nuevo su amor. En la obra se siente revolotear, cual peligro permanente, la amenaza que se cierne sobre una mortal, un ser humano sin más, por haberse casado con un semidiós, un héroe casi divino, situado más allá de toda medida y limitación humanas. En realidad, si el último menosprecio de Heracles hacia toda convención y norma social le supondrá la perdición, al mismo tiempo, como paradoja, le servirá, según sabemos por otras fuentes, para dejar la vida de los mortales y pasar al reino de los dioses.

Deyanira se ocupa de los demás (su esposo, su familia, su hogar) y se interesa por conocer la opinión de las personas que viven junto a ella, mientras que Heracles, aparte de cumplir escrupulosamente con los ritos debidos a los dioses, sólo piensa en sí mismo, sin que las convenciones sociales le preocupen lo más mínimo. Como hemos dicho, la desmesura del héroe llega a un punto intolerable cuando introduce en su hogar (y, según Deyanira, con la intención de ponerla en el mismo lecho conyugal) a su joven amante, pues la nueva situación desequilibra el reparto de funciones dentro del matrimonio. Deyanira, hasta entonces paciente, resignada y modelo de prudencia femenina, resulta ahora arrastrada por el deseo sexual, legítimo, pero irrefrenable, hacia su marido, y acude a lo que estaba mal visto en la Atenas del momento: atraerse al esposo con filtros de amor.

Las oposiciones y antinomias abundan en el drama que revisamos. La heroína, fuera de la convención trágica propia de personajes femeninos (muerte por ahorcamiento), se suicida con una espada, arma varonil, militar y guerrera. Es más se quita la vida en el lecho conyugal, introduciéndose una espada en el hígado y diafragma (algunos han querido ver cierto valor simbólico en la función penetradora del arma homicida). Deyanira, pues, actúa con firmeza y decisión, a la manera varonil; en cambio, Heracles, desvalido y quejoso, no puede quitarle la vida a su esposa (ya muerta) ni siquiera a sí mismo, tiene que pedirle ayuda a su hijo, llora como una muchacha, se feminiza, en cierto modo.

La pasión amorosa es decisiva en el desarrollo de la pieza. Por un lado, Deyanira, olvidada y engañada por su esposo, trata de ganarse su amor mediante filtros eróticos, pero se equivoca, al enviarle, sin saberlo, una túnica envenenada. A su vez, Heracles, dominado por Eros, ha saqueado Ecalia para apoderarse de Yole y, cegado por el deseo erótico, la envía a su propio hogar con la intención de hacerla su verdadera esposa. Además, en un día ya lejano, el Centauro Neso, presa de una súbita urgencia erótica, quiso aprovecharse de Deyanira, y, al no conseguirlo, preparó una terrible venganza contra ella y, asimismo, contra Heracles.

Los oráculos y predicciones, cargados de ambigüedad en muchos casos, muestran la verdad a los personajes cuando ya es demasiado tarde. Es curioso, asimismo, que, en *Traquinias*, ningún oráculo hable de Deyanira; todos se refieren al gran héroe de los griegos, como si a ninguna divinidad le preocupara lo más mínimo el futuro de la protagonista.

Por otra parte, en *Traquinias*, como en otros dramas sofocleos, hay una evolución evidente y paulatina desde la ignorancia hasta el conocimiento de la realidad iluminada por los hechos. Todos aprenden tarde: Deyanira, que ha enviado un regalo letal a su esposo; Heracles, que el final de sus trabajos es realmente su muerte, y, asimismo, que se estaba cumpliendo la profecía que le diera su propio padre, Zeus, a saber, que no sería muerto por nadie vivo, sino por obra de quien ya vivía en el Hades; Hilo, que su madre había actuado de buena fe y sin malicia.

#### 4. Algunos puntos relevantes para nuestro estudio

Entramos ahora en la lectura y comentario de algunos pasajes importantes para nuestro propósito. Buscamos todos los indicios posibles que nos permitan establecer un contraste entre el gran héroe panhelénico y su legítima esposa.

1. Ya los tres primeros versos de la obra, en boca de Deyanira<sup>101</sup>, recogen un tópico del pensamiento griego: no puede saberse, antes de morir, si la vida de un mortal ha sido feliz o desdichada. Esas palabras podrían figurar como lema de la tragedia que examinamos.

---

<sup>101</sup> El nombre propio no lo oímos hasta el v.49, un vocativo en boca de la nodriza. Lo tenemos cinco veces en esta tragedia: 49, 104 (acusativo), 180 (vocativo), 405 (acusativo), 665 (vocativo), 874 (nominativo). Es relevante que la única secuencia en que aparece como nominativo sujeto, precisamente en labios de su nodriza, sea cuando ha muerto: « Ha emprendido Deyanira el último/de todos los caminos con pie que no se mueve » (Βέβηκε Δηάνειρα τὴν πανυστάτην / ὄδῶν ἀπασῶν ἐξ ἀκινήτου ποδός). Evidentemente, sus pies permanecen inmóviles porque está muerta, ya que se ha quitado la vida. Δηάνειρα aparece en Hesíodo (*Fr.* 25.17) y Baquilides (16.2). Sófocles silencia ciertos aspectos conocidos por la tradición. Por ejemplo, el carácter agresivo, valiente y guerrero de la heroína, a la que algunos presentan como un especie de amazona que, deliberadamente, habría dado muerte a su marido, por haberla traicionado tras dejarse arrastrar por su pasión erótica hacia Yole. Cf. Levett (2004: 30-1).

[Para el texto sofocleo, seguimos la edición de Lloyd-Jones, H. - Wilson, N.G. (1990). La traducción versal que ofrezco es mía. He consultado diversas versiones al español y a otras lenguas, así como los principales comentarios sobre la obra, de modo especial los de Easterling (1989) y Davies (1991) citados en la bibliografía].

La protagonista nos recuerda que su vida es penosa e infeliz<sup>102</sup>; habitaba todavía en la mansión de su padre Eneo<sup>103</sup>, en Pleurón, cuando ya tuvo una angustia mayor que cualquier otra mujer etolia por causa de sus bodas; el río Aqueloo<sup>104</sup> la pretendió en su momento, presentándose bajo tres formas (toro, serpiente y hombre)<sup>105</sup>, pero Heracles, tras luchar con él y vencerlo, la ganó como esposa.

La alusión es muy breve. No se indica que se trata del río más grande de Etolia, país donde Deyanira vivía a la sazón. Tampoco se dan detalles de la lucha. Para nosotros serían datos de sumo interés, pues subrayarían, como en otros autores, que Heracles consiguió a su esposa por la fuerza bruta.

Efectivamente, la heroína sigue diciendo:

«...y la forma de la lucha  
no podría explicarla. Que no lo sé...»<sup>106</sup>.

Detalle esencial de la vida matrimonial del personaje lo hallamos en estas palabras:

«Tras unirme con Heracles cual esposa elegida,  
temor tras otro temor sin cesar alimento»<sup>107</sup>.

<sup>102</sup> Tr. 5: ἔξοιδ' ἔχουσα δυστυχῆ τε καὶ βαρύν. Ambos adjetivos califican la vida (αἰών) de la protagonista, tal como aparece recogida en el verso anterior. Si el primero apunta a la mala suerte o fortuna (τύχη) que ha tenido en su vida, el segundo alude a la «pesadez, gravedad u opresión» de su existencia, pues el término, empleado aquí en el plano moral, no ha perdido las connotaciones propias del mundo físico.

<sup>103</sup> Nombre propio, construido como sustantivo de oficio en -εύς, sobre οἶνος, «vino». Así pues, Οἰνεύς, Eneo, significa «el que prepara y elabora el vino» en calidad de experto y entendido: se le ha considerado una divinidad panhelénica del vino. Casado con Altea tuvo a Toxeo, Meleagro, Deyanira y Gorge; de un segundo matrimonio con Peribea, nació Tideo. Lo encontramos ya en Homero, Hesíodo, Hecateo, Baquilides, Ferecides, etc. Sófocles lo nombra con frecuencia: Tr. 6, 405, 569, 598, 665, 792, 1050; OC 1315; y, además, en cuatro fragmentos. Eneo era rey de Calidón, ciudad de Etolia occidental, y, sin duda, gobernaba también sobre Pleurón, una de las ciudades etolias más importantes. En Homero (Il. 13.217; 14.116) Pleurón y Calidón aparecen asociadas. Por otro lado, según algunas fuentes tardías (cf. Apolodoro, 1.8.1), el verdadero padre de Deyanira fue Dioniso. La excesiva afición de Heracles por el vino, como tendremos ocasión de ver en otra ocasión, puede tener alguna relación con el oficio de su suegro.

<sup>104</sup> Citado desde Homero (Il. 21.194; 24.616). Acusilao (Fr. 21 D.-K.) lo considera el río más antiguo y el que más honra recibe. En realidad, es el más importante de toda la Hélade.

<sup>105</sup> Una vez más el poeta es parco en los datos ofrecidos. Era bien conocido que el Aqueloo, como otras divinidades acuáticas tales como Proteo o Tetis, tenía la capacidad de metamorfosearse.

Tr. 21-22: καὶ τρόπον μὲν ἄν πόνων  
οὐκ ἄν διείπομι· οὐ γὰρ οἶδ'...

<sup>106</sup> Como veremos más abajo (523 ss), Deyanira presenció la terrible lucha de Heracles contra Aqueloo, pero, quizá, nublada su vista por el enorme miedo que tenía, no captó los detalles del agón. En mi opinión, es relevante que Deyanira no conozca (ni se hubiera preocupado por saberlos) los detalles de la terrible lucha de sus pretendientes. Su atención está concentrada de modo especial en el ahora, en su familia, en sus hijos y su esposo; no en la lejana lucha en que fuera disputada como futura consorte.

<sup>107</sup> Tr. 28: ... λέχος γὰρ Ἡρακλεῖ κριτόν  
ξυστᾶσ' αἰεὶ τιν' ἐκ φόβου φόβον τρέφω...

En el texto el adjetivo κριτόν plantea no pocas dudas; también el participio aoristo de ξυνίστημι, con función intransitiva. El pasaje puede traducirse de varias formas, según se entienda la sintaxis. Las más frecuentes vendrían a

En efecto, en los cuarenta y ocho versos del prólogo la heroína recurre a seis vocablos del campo semántico del miedo para hablarnos de sus temores pasados, presentes y futuros. En toda la obra, en efecto, a modo de topos reiterativo, vemos reflejados los distintos matices y momentos del miedo: el Coro, por su parte, manifiesta asimismo sus temores<sup>108</sup>.

En este terreno, significativa, sin duda, es la indicación de lo que le sucede a la protagonista por la noche:

«Una noche me trae,  
sufrimiento, y la siguiente lo rechaza»<sup>109</sup>.

Pero mucho más importante es lo que afirma sobre la actitud de Heracles respecto a los hijos de la pareja:

«Y engendramos hijos, a quienes aquél, en alguna ocasión,  
cual labrador que tierra lejana ha tomado,  
sólo los ve al sembrarlos y al recoger la cosecha»<sup>110</sup>.

---

ser estas tres: «tras convertirme en esposa elegida por Heracles», es decir, funcionando Heracles como un *dativus auctoris*, construcción corriente con adjetivos verbales en -tos; «tras convertirme, junto a Heracles, en esposa elegida», con un dativo de compañía regido por el preverbio (ξυν-); y, finalmente, «tras convertirme en esposa elegida para Heracles», sin indicación precisa de quién la eligió para tal función: en este caso, Heracles sería un dativo propio.

Un sustantivo relevante, sin duda, es λέχος, dotado de abundante carga semántica, que parece presentarse en un pasaje como éste con varios valores posibles: 1) la esposa; 2) la simple unión sexual, y, también, por extensión, el matrimonio legalmente constituido; 3) y, además, el «lecho matrimonial», con lo que la protagonista estaría indicando el objetivo último del héroe al elegirla. Como otros términos que significan «lecho», no sólo apunta al lugar material donde se descansa o se practica el sexo, sino también, por metonimia, a la persona con quien se mantiene relación sexual. Así, pues, los puntos difíciles, los dobles sentidos, abundan aquí, como ponen de manifiesto los comentaristas. De los quince usos de λέχος en Sófocles, seis los tenemos en la pieza que revisamos: en vv. 27 y 161 aluden a Deyanira, cual esposa de Heracles; en 514 hace referencia a Deyanira, como futura esposa de Heracles o Aqueloo, según el que venciera en la liza; en 920 apunta al lecho matrimonial, en boca de la protagonista; en 360 y 1227 señalan a Yole, en el primer ejemplo como esposa oculta del héroe, y, en el segundo, como futura consorte de Hilo, por orden de Heracles.

El nombre propio Heracles lo encontramos catorce veces en *Tr.* (27, 156, 233, 393, 406, 428, 460, 476, 540, 550, 563, 585, 668, 872). Es relevante que, en los tres ejemplos en que funciona como sujeto, Deyanira le haga reproches: de haberse unido a muchas mujeres (460); de ser llamado esposo sólo de palabra (550) y de que el «llamado fiel» le haya dado buena «recompensa» por haber cuidado el hogar durante tanto tiempo (540: dicho esto último con un sentido fuertemente irónico), más otras cinco el adjetivo (*Tr.* 51, 170, 576, 913, 916). Fuera de eso, lo vemos tres veces más en pasajes sofocleos (*Ph.* 943, 1406, 1411), y, por otro lado, otras dos secuencias del adjetivo (*Ph.* 262, 1131). Sófocles, por lo demás, escribió un drama satírico llamado *Heraclico* («Pequeño Heracles») (*Fr.* 223 a-223 b) y otro titulado precisamente como el héroe (*Fr.* 224-234); el *Fr.* 225, de sólo dos versos, dice así: «Recogían la leña, a fin de que madera para arder./ mientras tanto, no me faltara».

<sup>108</sup> Sin pretender abarcar todo el campo semántico del miedo en esta obra tenemos en ella los siguientes términos (aparecen en cursiva las pertinentes a la protagonista, bien pronunciados directamente por ella misma, bien, de modo indirecto, por boca de otro personaje): δέδοικα (306, 457, 630, 663), δέιμα (107), δειμαίνω (89, 481), δεινός (diez apariciones: 46, 298, 459, 476, 706, 723, 836, 979, 1099, 1135; además el adverbio δεινῶς, 899), ὄκνος (7, 181), ἄοκνος (841), ταρβέω y un compuesto (siete secuencias: 37, 89, 176, 297, 457, 723, 1179), ταρβαλέα (957), ἀταρβής (23), φοβέομαι (cuatro veces: 150, 550, 671, 1211), φόβος (cuatro registros: 24, 28 (bis), 176), etc. Respecto al prólogo, véanse los vv. 7 (ὄκνον), 23 (ἀταρβής), 24 (φόβω), 28 (φόβου-φόβον), 37 (ταρβήσασ').

<sup>109</sup> *Tr.* 29-30. La idea es que todas las noches tiene alguna preocupación (πόνον), pero no siempre es la misma.

<sup>110</sup> *Tr.* 31-33: Κάψασαμεν δὴ παῖδας, οὐς κείνός ποτε,  
γῆτης ὅπως ἄρουραν ἔκτοπον λαβών,  
σπείρων μόνον προσεῖδε κάξιαμῶν ἅπαξ·

Es el único dato que nos ofrece la pieza sobre el trato de Heracles hacia sus hijos. Este breve cuadro contrasta fuertemente con la situación que nos ofrece Eurípides en el *Heracles*, donde el héroe panhelénico, recién llegado de Hades, juega con los retoños tenidos con Mégara.

En los dos versos siguientes Deyanira resume de modo magistral cómo ha sido la vida de su esposo a lo largo del matrimonio:

«Tal vida —yendo hacia el hogar y saliendo del hogar—  
acompañaba sin cesar a mi esposo mientras a alguien servía»<sup>111</sup>.

Conviene hacer un excursus en este punto. En efecto, la protagonista es muy discreta a la hora de exponer las razones por las que Heracles se vio obligado, durante muchos años —doce, al menos, según los especialistas— a realizar duros trabajos a las órdenes de Euristeo. Por un lado, Deyanira informa del ajetreo permanente de su marido, entrando y saliendo de modo incesante de la mansión familiar. No nos indica, en cambio, durante cuánto tiempo se dieron esas entradas y salidas, pero el término empleado<sup>112</sup> no deja lugar a dudas: el héroe estaba «sirviendo a otro», con más exactitud, «siendo esclavo de otro». Efectivamente ese mismo verbo lo tenemos en ático desde Solón<sup>113</sup>, con el significado de «ser esclavo a las órdenes de otro». De acuerdo con lo que sabemos por varias fuentes, cuando Heracles, en un ataque de locura, mató a sus hijos, habidos con Mégara (y a ésta misma, según Eurípides, entre otros), acudió a Delfos para purificarse de la mancha horrible del parricidio; allí la Pitia le comunicó que para expiar su culpa tenía que trabajar durante doce años a las órdenes de Euristeo, rey de Micenas y Tirinto. Si seguimos otras versiones, Heracles, por orden de Zeus, se puso al servicio de Euristeo antes de su locura. En todo caso la relación de humillación y obediencia de Heracles respecto a Euristeo es discutida por varios estudiosos, pero el asunto venía de lejos: ya lo leemos en la *Iliada*<sup>114</sup>. Efectivamente, Hera había engañado astutamente a Zeus cuando Alcmena estaba a punto de dar a luz; la diosa, celosa a causa de las innumerables aventuras amorosas de su hermano y esposo, rey de hombres y dioses, le hizo jurar que el descendiente que naciera en aquel día había de ser rey de Micenas y Tirinto; Zeus, creyendo que se trataba del que luego sería Heracles, aceptó gustoso, pero Hera, diosa del parto, adelantó el nacimiento de Euristeo.

En todo caso, Sófocles selecciona y dosifica de modo sabio y preciso los datos míticos, suministrando a los espectadores sólo lo esencial. Así, Euristeo no es mencionado hasta

<sup>111</sup> Tr. 34-35: τοιοῦτος αἰὼν εἰς δόμους τε καὶ δόμων  
ἀεὶ τὸν ἄνδρ' ἔπεμπε λατρεύοντά τω.

<sup>112</sup> Tr. 35: el participio λατρεύοντα (de λατρεύω).

<sup>113</sup> 13.48. Cf. Esquilo, Pr. 968. La raíz λατρ- la leemos diez veces en Sófocles; cuatro de ellas en esta tragedia: λατρεύοντα (35), λάτρην (70), λατρεύματ' (357), λατρείαν (830).

<sup>114</sup> Cf. nota 8.

el v. 1049; curiosamente, por boca del héroe, que alude, de forma sumaria, a los trabajos que aquél le impusiera.

Precisamente, Deyanira, en su monólogo, nos indica que el héroe ha terminado sus trabajos<sup>115</sup>; no obstante, en ese momento concreto es cuando más miedo tiene ella; sigue afirmando que Heracles había dado muerte a Ífito<sup>116</sup>, y que ellos, desterrados<sup>117</sup>, viven en Traquine, en casa de su huésped<sup>118</sup>.

En general, nos falta información sobre el grado de conocimiento de los espectadores respecto a ciertos detalles míticos, aunque cabe decir que, en general, el ateniense medio conocía bastante bien los poemas homéricos que, por un lado se leían enteros en la ciudad de la Acrópolis desde la época de los tiranos, durante las Grandes Panateneas, es decir, cada cuatro años, y, por otro, eran utilizados constantemente por los maestros como materia de lectura obligatoria.

Con todo, se nos hacen necesarias ciertas observaciones, dado el laconismo del texto sofocleo. Respecto a la mención de Ífito es preciso aclarar algunos detalles, pues abundarán en el carácter de Heracles, con frecuencia brutal y carente de miramientos. Efectivamente, sabemos por varios autores que Éurito, rey de Ecalia (para algunos, ciudad de Eubea no bien localizada) había prometido casar a su hija Yole con quien le superara en el manejo del arco; Heracles acudió y le venció, pero el monarca se negó a cumplir lo prometido. No obstante, el héroe supo guardarse su cólera para otra ocasión. Pasado el tiempo, Autólico, hijo de Hermes, le robó unas vacas a Éurito, que encargó a su hijo Ífito ir a buscarlas; según algunos, el propio Heracles ayudó a Ífito en tal menester, pero, en un arrebato de locura, lo tiró desde los muros de Tirinto causándole la muerte.

En nuestra obra tenemos una variante de importancia: Heracles lo arroja desde la muralla cuando había acudido a tal ciudad en busca de unos caballos. Autores tardíos nos dicen que, tras la muerte de Ífito, a Heracles le sobrevino una enfermedad y no había forma de librarse de ella; deseando saber cómo curarse acudió a Delfos, donde el oráculo respondió que para obtener la salud tenía que ser vendido como esclavo durante tres años, y el dinero obtenido por la venta había de ser entregado a Éurito; la compradora fue Ónfale, reina de Lidia. En nuestro poeta hay otra innovación relevante: el héroe sólo ha de trabajar como esclavo durante un año. No en este pasaje, pero sí más adelante, se alude a la venta y a la que realizó la compra.

<sup>115</sup> Tr. 36: νῦν δ' ἠνίκ' ἄθλων τῶνδ' ὑπερτελής ἔφθ,  
ἐνταῦθα δὴ μάλιστα ταρβήσασ' ἔχω.

<sup>116</sup> Nombre propio relacionado con el instrumental ἴφι, de ἴς «fuerza física», «vigor». Éste Ífito lo encontramos en Homero (*Od.* 21.14.22.37), Hesíodo (*Fr.* 26.30; 26 b 30), Sófocles (*Tr.* 38.270,357), Ferecides (dos veces), etc.

<sup>117</sup> Tr. 39: ἀνάστατοι. El adjetivo tiene especial importancia, tanto respecto al pasado mítico de Heracles y sus hijos, como a la situación política de la Grecia del siglo v. Aparece por primera vez en los autores de esa centuria: Heródoto (10), Tucídides(4), Sófocles (4 veces; de ellas dos en *Tr.*, aquí y en v.240), Eurípides (2).

<sup>118</sup> Tr. 38-9.

Por último, de las lacónicas frases de Deyanira no se desprende que el huésped que les ha dado acogida es Céix, rey de Traquine y de su zona de influencia. Es más, sus palabras pueden dar lugar a confusión, pues la protagonista une dos temas (la muerte de Ífito y el destierro en Traquine) como si estuvieran conectados y hubieran ocurrido sucesivamente en el tiempo. Sabemos por varios autores que Heracles y los suyos se marcharon desde Calidón a Traquine cuando el héroe dio muerte, involuntaria, a un joven que servía bebida en casa de su suegro, Eneo, padre de Deyanira y rey de Calidón. Otro detalle que viene a subrayar el carácter violento de Heracles.

Pero sigamos con las palabras de la protagonista, la cual afirma que Heracles lleva ya quince meses fuera del hogar; nadie sabe dónde ha ido; teme que le haya ocurrido alguna desgracia. Menciona una tablilla que su esposo le dejó al partir. Este detalle será importante para ir descubriendo las claves del drama estudiado. De las palabras de Deyanira se desprende un punto de indudable importancia: Heracles entraba y salía del hogar familiar sin dar ninguna explicación; tampoco le enviaba a su esposa mensaje alguno cuando estaba lejos de los suyos; en una palabra, a su familia la tenía totalmente ajena de todo lo referente a su vida y trabajos.

2. Terminadas las palabras del prólogo, la nodriza, tras afirmar que ha visto a su señora entregada a gemidos, lamentos y llanto por causa de los viajes del esposo, le aconseja que envíe a uno de sus hijos a informarse de lo que a aquél pudiera sucederle.

La intervención de la nodriza es relevante para el objetivo que nos proponemos, pues viene a indicarnos que Deyanira es incapaz de tomar iniciativas por su parte. Fuera de ocuparse de sus hijos y su hogar parece no tener fuerzas suficientes, o ganas, de saber lo que le ocurre a su esposo. Los dos planos, el de la mansión familiar y el pertinente al héroe, siempre fuera y lejos de la misma, resultan, pues, patentes.

3. Hilo<sup>119</sup> llega, precisamente, en tal momento. En su diálogo con su madre, ignorante de todo lo referente a Heracles, el joven, hijo primogénito, aporta mucha luz:

«Durante el pasado año, en el transcurso de ese tiempo,  
para una mujer lidia afirman que trabajó cual siervo»<sup>120</sup>.

Conviene señalar que Hilo no nos indica el nombre de la mujer a la que ha servido el héroe, ni su cargo, ni otros detalles de la esclavitud paterna. La parquedad, como com-

<sup>119</sup> Dos veces tenemos ese nombre propio en Sófocles: *Tr.* 56,64. Lo encontramos también en Hesiodo (es el hijo mayor, según vemos en *Fr.* 25,19), Heródoto (6,52; 7,204; 8,131.2; 9,26.3.4.5), Ferecides (34 a 5; 39,11) y Helánico (131 b 3). Estamos ante un nombre parlante, pues Hilo (Ἰλλος) está relacionado con ἴλη, «madera», «leña»; en efecto, al final de la obra que examinamos, se encargará de preparar la pira sobre la que el héroe habría de morir abrasado.

<sup>120</sup> *Tr.* 69-70: τὸν μὲν παρελθόντ' ἄροτον ἐν μήκει χρόνου

Λυδῆ γυναικί φασί νιν λάτρην πονεῖν.

Aunque se alude a ella en esta secuencia, Ónfale no es mencionada expresamente hasta el verso 252. *Cf.* nota 147.

probamos una vez más, es nota dominante en toda esta pieza; los datos van apareciendo poco a poco, despertando no poco *suspense* en el espectador. En cambio, leemos un adjetivo que en este contexto hace referencia, de modo conspicuo, a vivir como esclavo al servicio de otro<sup>121</sup>.

4. Es muy revelador que, mientras Deyanira, esposa y responsable de su hogar, afirma no saber nada de a dónde se había marchado su esposo, Hilo, en cambio, esté informado de las cosas que se decían<sup>122</sup>, sin especificar quiénes lo hacían ni dónde.

Ahora bien, tras las palabras del hijo, a saber, que su padre se había dirigido contra Éurito<sup>123</sup>, en tierra eubea, Deyanira recuerda que Heracles le había dejado unos oráculos seguros acerca de tal país<sup>124</sup>. En este caso, al menos, el héroe había cumplido con su esposa, al darle tales indicaciones. Al lector moderno le llaman la atención las palabras de la protagonista diciéndole a su hijo que le debía dar vergüenza<sup>125</sup> no informarse de dónde estaba su padre que tanto tiempo llevaba fuera. De sus palabras parece desprenderse que enterarse de esos detalles era competencia del hijo más que de la esposa. Ésta afirma que ignora si su marido está vivo o muerto y dónde se encuentra<sup>126</sup>; que se han de salvar con él o con él perecer<sup>127</sup>; es decir, la suerte de la familia depende en todo de lo que le ocurra al gran héroe. Una vez más la oposición de los dos planos (hogar/mundo heroico) resulta evidente.

No me detendré en los oráculos, motivo, de indudable contenido religioso y social, expresado sucesivamente mediante diversas fórmulas, y verdadero hilo conductor de la obra. Como norma, tras cada situación importante, un oráculo viene a dar explicación del futuro, a menudo en conexión íntima con los sucesos del pasado. Pero esas noticias de carácter divino llegan tarde; los personajes las comprenden cuando los hechos ya no tienen remedio.

5. En la párodo, el Coro le pregunta a Helio en cuál de los dos continentes se encuentra Heracles<sup>128</sup>; alude a que Deyanira llora sin cesar y se consume en su lecho falto de

<sup>121</sup> Cf. λάτριν. Leemos el adjetivo en Simónides y Teognis (1302,1486); Píndaro, a su vez, emplea dos veces el adjetivo λάτριος.

<sup>122</sup> Tr. 70,74: φασί.

<sup>123</sup> Εὐρύτοσ, quizá «el que dispara bien el arco» (cf. ἐρύω, «disparar el arco»), lo tenemos desde Homero[*Il.* 2.596, 621 (su hijo Talpio es uno de los jefes que figuran en el catálogo de las naves), 730; *Od.* 8.224, 226; 21.14,32 (antes llevaba el arco que luego pasó a Ífito, y que éste le regaló a Odiseo)], Hesíodo (*Fr.* 17 a 16;26.28: sus hijos eran Deión, Clitio, Toxeo e Ífito); Hecateo (dos veces; en relación con Ecalia), Ferecides (seis citas), Sófocles (10 apariciones, siempre en *Tr.*: 74, 244, 316, 353, 363, 380, 420, 750; además el adjetivo Εὐρυτεία, patronímico, cuando se refiere a Yole (1219), y posesivo, al indicar la ciudad donde Éurito reinaba (260).

<sup>124</sup> Tr. 76-77: μαντεία πιστά. Hilo hablará de «respuesta de los oráculos» (θεσφάτων...βάξιν), vv.86-87.

<sup>125</sup> Tr. 65-6: σὲ πατρὸς οὕτω δαρὸν ἐξενωμένου  
τὸ μὴ πυθέσθαι ποῦ ἴστιν αἰσχύνῃν φέρειν.

<sup>126</sup> Tr. 73.

<sup>127</sup> Tr. 83-4.

<sup>128</sup> Tr. 101. Se trata de Europa y África; Heracles había realizado memorables empresas en ambas partes.

esposo<sup>129</sup>. El Coro destaca aspectos importantes en la vida de su señora: sus continuas lágrimas, su miedo permanente y que le hace acordarse siempre de la partida de su esposo, su consumirse en un lecho que le produce dolores y del que falta el marido. Llanto incesante y, quizá, insomnio. Es muy posible que en ambos casos se trate de innovaciones sofocleas. La intervención del Coro acaba con dos versos en que se pregunta quién vio a Zeus tan despreocupado de sus hijos<sup>130</sup>.

6. Algo después, la protagonista—refiriéndose a los sobresaltos y temores nocturnos de las mujeres casadas por causa del esposo o los hijos y a las muchas penas que ella había llorado ya— menciona una antigua tablilla<sup>131</sup> que contiene ciertas indicaciones escritas: en ella, el héroe señala la parte de herencia que le correspondería a su esposa y la parte de tierra paterna que tenía que pasar a sus hijos<sup>132</sup>. Heracles había fijado un plazo de quince meses, al cabo de los cuales o habría muerto o volvería al hogar para pasar ya una vida sin penas<sup>133</sup>. Si Deyanira hablaba antes de «oráculos», se refiere ahora a las decisiones de los dioses<sup>134</sup>, apuntando que todo lo había revelado la antigua encina de Dodón por medio de las dos palomas<sup>135</sup>.

Para un poeta tan cuidadoso como Sófocles se le haría difícil hablar de la existencia de tablillas, apropiadas para la escritura alfabética, en la época de los héroes, es decir, en

<sup>129</sup> Tr. 106-110: «...sin calmar jamás el deseo de unos ojos sin lágrimas, mas alimentando memorioso miedo por la marcha del esposo, en doloroso lecho falto de varón, desdichada espera su funesto destino».  
οὐποτ' εὐνάξειν ἀδακρῦ-  
των βλεφάρων πόθον, ἀλλ' εὐ-  
μναστον ἀνδρὸς δεῖμα τρέφουσαν ὁδοῦ  
ἐνθυμίαις εὐναῖς ἀνανδρώτοισι τρῦχεσθαι κακὰν  
δύστανον ἐλπίζουσαν αἴσαν.

Al leer esta secuencia, podemos recordar a Penélope (*Od.* 23. 18-19), cuando reconoce que no había dormido bien desde el día en que su esposo había partido hacia Troya.

La raíz de llorar y de las lágrimas (δακρυ-) aparece en *Traquinias* nueve veces, referida a la protagonista salvo en los casos en que se dice de Hilo: 50, 106, 326, 796 (se alude a Hilo), 848, 852, 919, 1199 (dicho de Hilo, como en el verso siguiente), 1200. En la pieza estudiada la tenemos más que en ninguna otra obra sofoclea; en total, está registrada en 32 secuencias de nuestro autor.

<sup>130</sup> Tr. 139-140.

<sup>131</sup> Tr. 157: δέλτον. Contamos con cuatro apariciones de δέλτον en Sófocles, tres de ellas en la obra estudiada (*Tr.* 47, 157, 683), más un fragmento (*Fr.* 597.1). Es un término que está registrado a partir del siglo v: Esquilo (con tres secuencias), Heródoto (*cf.* 7.239.3-4, donde se habla de una tablilla de dos caras, díptica, cubierta de cera), Eurípides (31 ejemplos), etc.

<sup>132</sup> No se indica en modo alguno en qué consistían esas tierras, ni a qué legado «paterno» se refiere Heracles. Posiblemente se trata del reparto del Peloponeso entre los Heraclidas.

<sup>133</sup> Es decir, Heracles no le confió la tablilla hasta el momento en que se marchó del hogar por última vez.

<sup>134</sup> Tr. 169: πρὸς θεῶν εἰμαρμένα.

<sup>135</sup> Todo parece apuntar a las sacerdotisas llamadas así a causa de los rumores producidos por el viento al chocar con los robles circundantes del santuario, y encargadas de interpretar el significado de lo que oían. *Cf.* los datos ofrecidos por Pausanias, 10.12.10. Algunos autores creen que tales sacerdotisas iban vestidas en consonancia con una divinidad teriomórfica que recibiría culto en Dodón (o Dodona).

fechas anteriores en todo caso a la guerra de Troya. Además, nos llama la atención el cuidado de Heracles por dejarlo todo bien atado por si perdía la vida. Una vez más estamos ante la selección de datos por parte del tragediógrafo, poco dado a etiologías y *realia*.

7. Entra un mensajero anunciando que Heracles vive y ha vencido, y que, tras la batalla, trae las primicias<sup>136</sup> para los dioses del país.

Por lo que el texto nos indica más abajo, tales primicias consistían en los primeros frutos, es decir, en un sacrificio incruento para honor de los dioses. Un rasgo definidor de Heracles es su respeto y atención a los dioses, en especial a su padre, Zeus. En un punto de suma relevancia, subrayado repetidamente en la obra que estudiamos<sup>137</sup>. Un hombre tan piadoso con la divinidad nos sorprenderá doblemente cuando vaya ofreciendo otros rasgos de su modo de ser, en especial su carácter violento y el menosprecio profundo que siente hacia su esposa.

Ésta, en cambio, al acabar su diálogo con el mensajero, invoca a Zeus que ocupa el prado indiviso del Eta<sup>138</sup>. En tales palabras inesperadas podría verse una premonición de lo que luego ocurrirá.

8. El heraldo Licas se presenta ante la protagonista con las prisioneras y otros miembros de la comitiva y, ante las preguntas de su señora sobre si Heracles sigue vivo, le confirma lo siguiente:

«Yo, por cierto, lo he dejado fuerte,  
vivo, vigoroso y no abrumado por enfermedad»<sup>139</sup>.

Añade que Heracles se halla en un promontorio de Eubea donde señala los límites<sup>140</sup> para unos altares y ofrendas frutales en honor de Zeus Ceneo.

De nuevo la alusión a la acción de gracias, pero más completa en este caso, pues se nos dice que el héroe indica el lugar donde se han de establecer los altares<sup>141</sup> y celebrar sacri-

<sup>136</sup> Tr. 180-183: ἀπαρχάς.

<sup>137</sup> Tr. 237-241, 287-288, 608-613, 750-766, 993-995.

<sup>138</sup> Tr. 200. Véase parecida invocación, pronunciada también por la protagonista, en 436-437. El monte Eta (Οἶτης) no está registrado antes del V a. C.; lo leemos quizá en Esquilo (Fr. 73 b.3. Es una conjetura), y cuatro veces en Sófocles (Tr. 200, 1191, Ph. 490, 1430); no, en Eurípides; sí en Heródoto (7.176.3)

<sup>139</sup> Tr. 234-235: Ἐγὼ γέ τοι σφ' ἔλειπον ἰσχυοντά τε  
καὶ ζῶντα καὶ θάλλοντα κού νόσω βαρύν.

Recordemos el término νόσος, «enfermedad», que será muy importante para comprender bien lo que le sucede a Heracles.

Respecto al nombre propio Licas (Λιχάς) puede pensarse en una relación estrecha con λείχω, «lamer, adular», con lo que equivaldría a «adulador, lamedor», que cuadra perfectamente con su actuación durante el drama que venimos examinando; hasta fines del V a. C., lo tenemos en Hesiodo (Fr. 25, 22), Esquilo (Fr. 25 e 14) y Sófocles (6 veces: Tr. 184, 229, 310, 600, 757, 773). Para comprender bien el sentido podemos recurrir al adjetivo λιχανός, presente diez veces en el *Corpus Hippocraticum*, donde hace referencia al dedo índice, propiamente, el «lamido», o «chupado».

<sup>140</sup> Tr. 237: ὀρίζεται.

<sup>141</sup> Tr. 238: βωμιούς.

ficios incruentos. Los cruentos tendrán lugar más tarde de modo explícito, pero, ya en su diálogo con Deyanira, Licas habla claramente de sacrificios animales<sup>142</sup> en honor de Zeus paterno. Todos esos detalles sirven para subrayar el carácter cumplidor, exacto, meticoloso del héroe en todo lo concerniente a las honras debidas a los dioses. Como hemos avanzado, ese modo de ser contrasta terriblemente con el comportamiento mantenido respecto a su mujer y el resto de la familia.

Ante la pregunta de la protagonista, a saber, si Heracles está allí por una promesa o por causa de algún oráculo<sup>143</sup>, Licas nos suministra otro indicador de la piedad del héroe cuando contesta que todas esas acciones las realiza Heracles para cumplir unas promesas<sup>144</sup> dirigidas a Zeus en su día para el caso de que lograra apoderarse de Ecalia, de donde precisamente venían las prisioneras con las que el heraldo se había presentado en la mansión.

Licas es un dechado poético en lo referente a disimulo, retorcimiento, medias tintas y mentiras piadosas. Con la intención de enmascarar la realidad, se refiere eufemísticamente a las prisioneras como botín escogido para Heracles y los dioses<sup>145</sup>. Sabemos por otros autores que era normal, tras aniquilar una ciudad, matar a todos los varones y reservar unas cuantas mujeres para consagrarlas al servicio del vencedor y, llegado el caso, de sus dioses predilectos. Por ello, Deyanira no manifiesta extrañeza alguna al oír las palabras del heraldo.

La señora pregunta si es que Heracles ha estado luchando durante todo ese tiempo en Ecalia, y Licas le contesta que el héroe ha estado retenido en Lidia, «no libre, sino comprado»<sup>146</sup>, pues había sido vendido a Ónfale<sup>147</sup>, la bárbara<sup>148</sup>; allí había permanecido durante un año.

<sup>142</sup> Tr. 287: θύματα.

<sup>143</sup> Tr. 239: εὐκταῖα φαίνων, ἢ ἴπο μαντείας τυνός;

En el primer caso, mostrar en público lo prometido en voz alta (εὐκταῖα), se trataría de una acción voluntaria, propia del modo de ser, religioso y cumplidor con las divinidades, característico de Heracles; en el segundo, estaríamos ante el cumplimiento de algo impuesto por los dioses mediante un oráculo. En Homero tenemos εὐκτός (Il. 14.98); en cambio, εὐκταῖος lo leemos a partir de Esquilo (A. 1387; Th. 723,841, etc.); sólo en el pasaje visto lo encontramos dentro de las obras sofocleas.

<sup>144</sup> Tr. 240: εὐχαῖς. Es decir, palabras pronunciadas en voz alta. Para el verbo correspondiente, εὐχομαι, cf. Tr. 1189, 1190, donde se apunta a la promesa expresada tras un juramento.

<sup>145</sup> Tr. 245.

<sup>146</sup> Tr. 249-250.

<sup>147</sup> Sófocles es el primer autor que recoge este nombre propio; está registrado dos veces, ambas en la tragedia estudiada: Tr. 252, 356. Dentro del siglo V a. C. tenemos otros testimonios sobre el personaje: Ión, poeta y filósofo, tendría un drama satírico llamado así (Fr. 17a-33 a; se desarrolla delante de la residencia de la reina; en la obra interviene Heracles); nos han llegado asimismo algunos fragmentos de otro drama satírico del mismo nombre procedente de Aqueo (Fr. 32-35); Herodoro, en cuyos fragmentos aparece tres veces tal nombre, insiste en que Heracles estuvo tres años al servicio de Ónfale (Fr. 26.1); Ferecides (Fr. 34 b 15), la cita una vez, y nos dice que Hermes le vendió el héroe por tres talentos.

En el siglo IV a. C. se ocupan de Ónfale, entre otros, Antífanos (Fr. 176-8), Éforo, Cleantes, Clearco, Paléfato (Heracles estuvo con ella, no por haber sido vendido, sino por amor), etc. Si damos un salto de varios siglos y llegamos al II d. C., veremos que Plutarco nos describe una pintura en que Ónfale lleva la clava de Heracles y se viste

Posiblemente, tras el adjetivo «comprado»<sup>149</sup>, Deyanira har3a alg3n gesto de sorpresa o desaprobaci3n, pues de ese modo podemos comprender mejor la afirmaci3n de Licas:

«...no hay que tener odio de mi palabra,  
mujer, de lo que Zeus se muestra autor»<sup>150</sup>.

De nuevo el car3cter extremadamente lac3nico del texto sofocleo nos lleva a introducir otro excurso. La secuencia es tan parca en datos que el propio Licas se siente obligado a ofrecer algunas aclaraciones para ilustrar, sin duda, a los espectadores<sup>151</sup>: 3urito, rey de Ecalia<sup>152</sup>, teniendo hospedado a Heracles en su palacio, lo provoc3 dici3ndole que ser3a inferior a sus hijos en el manejo del arco, cual esclavo de un hombre libre; adem3s, lo arroj3 fuera de su mansi3n cuando estaba embriagado<sup>153</sup>. Posteriormente, Heracles, lleno de rencor por lo sucedido, arroj3 a 3fito, hijo de 3urito, desde la muralla de Tirinto. Zeus, entonces, lo castig3 y lo expuls3 lejos para ser vendido, por haber matado a traici3n, pues los dioses no aman la desmesura<sup>154</sup>.

Recordemos que 3urito, seg3n otras versiones, hab3a prometido la mano de su hija Yole a quien le venciera en el manejo del arco, y que, cuando Heracles se present3 y le

---

con la piel de le3n (*Per.* 29.4); asimismo enumera algunas pinturas en que, por diversi3n, se presenta al h3roe con las ropas azafranadas de la reina (785 e). En la misma centuria, Luciano menciona tambi3n el travestimiento e indica que Heracles tej3a la lana y jugaba con la sandalia bajo la reina (*Hist. Cons.* 10.18; 10.23.). Un siglo m3s tarde, Ate-neo recoge los nombres de varios autores que tienen una obra con el t3tulo de la soberana: es un verdadero arsenal de datos literarios donde aparecen, con el t3tulo *3nfale*, fragmentos de Cratino, Antifanes, 3on. Aqueo, etc.

‘Ομφ3λη puede estar relacionada con ομφαλ3ς, «ombligo, cord3n umbilical, centro», o con , ομφ3, «voz prof3tica, or3culo». Me inclino por la segunda posibilidad.

<sup>148</sup> Con respecto al t3rmino β3ρβαρος conviene se3alar que ya en Homero (*Il.* 2.867) se habla de los «carios que hablan lengua b3rbara (Καρ3ν...βαρβαροφ3νων)», y que en Anacreonte est3 registrado el adjetivo; en ambos, no obstante, s3lo una aparici3n, aunque la hom3rica, en realidad, forma parte de un compuesto. No obstante es en el siglo V a. C. cuando la literatura recoge el t3rmino «b3rbaro» cuyas acepciones se van multiplicando a lo largo de los a3os. S3focles, que s3lo lo emplea en diez ocasiones, lo usa aplicado a una persona por su origen (como en este texto) o por su lengua (*Ai.* 261), a un pa3s (*Tr.* 236), un perfume (*Fr.* 370.2), etc. Dentro de los tr3gicos, ya Esquilo hace buen uso del vocablo (15), pero es Eur3pides el que siente especial predilecci3n por 3l (120). Por citar otro g3nero literario, digamos que los historiadores recogieron el adjetivo con largueza: Hecateo (6), Her3doto (200), Tuc3dides (77). Incluso el *Corpus hippocraticum* (11) se hace eco de la importancia del mismo.

<sup>149</sup> *Tr.* 250: 3μπολιθει3ς.

<sup>150</sup> *Tr.* 250-251: το3 λογο3 δ' ο3 χρη3 φθ3νον,  
γ3ναι, προσ3ιναι, Ζε3ς 3του πρ3κτωρ φαν3.

<sup>151</sup> *Tr.* 260-280.

<sup>152</sup> El top3nimo lo leemos desde Homero (3), Hecateo (4), S3focles (3: *Tr.* 354, 478, 859), Baquilides (1), Fere-cides (3: en *Fr.* 34 a 3 la sit3a en Tule, Arcadia; en 34 a 6 afirma que, una vez que Heracles la arras3, 3fito huy3 hacia Eubea), etc.. La localizaci3n de Ecalia es muy discutida, hasta tal punto que se habla de varias ciudades as3 llama-das. La relacionada con 3urito podr3a estar situada en Tesalia (*Il.* 2.730); pero, a partir de S3focles (*Tr.* 74) y otras fuentes (Hecateo, *Fr.* 28, por ejemplo) puede pensarse en una ciudad de Eubea, quiz3 cercana a Eretria.

<sup>153</sup> *Tr.* 268: 3νικ' 3ν 3νωμ3νος. Desde Homero (*cf. Od.* 16.292; 19.11) contamos con el verbo ο3νω3, «tomar vino en exceso»; en ambos lugares hom3ricos, por cierto, el abuso de bebida lleva a la discordia (3ρις). El tema de per-fecto lo presenta Esquilo por primera vez (*Supp.* 409), y luego, en segundo lugar, esta secuencia sofoclea. La des-mesurada afici3n por el vino mostrada por Heracles la recoge tambi3n Eur3pides: *Alc.* 755-7.

<sup>154</sup> *Tr.* 280: 3βριν.

venció, se negó a cumplir su promesa. Por todo ello, podemos afirmar que Sófocles da una interpretación distinta, en virtud de la cual Heracles había sido ofendido de palabra y obra, y, además, expulsado del palacio real de Ecalia; por ese motivo, llegado el momento, dio muerte a Ífito. Es más, como veremos en seguida, nuestro poeta, por boca de Licas, ofrece una explicación distinta de la leyenda heroica, pues se nos dice ahora, no que Éurito hubiera ofrecido la mano de su hija, sino que Eros había impulsado a Heracles a luchar contra el padre de Yole<sup>155</sup>. Otro punto en que nuestro trágico se aparta de numerosos autores es en hablar de un año de servidumbre bajo Ónfale, no tres como otros quieren<sup>156</sup>. Sófocles, tan comedido, por lo general, en detalles escabrosos, nos proporciona un dato de relevancia especial: Heracles se había embriagado en el palacio de Éurito. Varios autores, especialmente los cómicos, reflejan la afición del gran héroe por los caldos de la madre tierra. Gran interés tiene, asimismo, que el propio Zeus castigara a su hijo de modo tan ejemplar y humillante.

Todo lo dicho abunda en el modo de ser de Heracles: desmesurado en sus actos y proclive siempre a dejarse arrastrar por la pasión erótica.

9. Enterada Deyanira del regreso de su esposo, se apiada de las prisioneras, y repara de modo especial en Yole<sup>157</sup> a quien le hace varias preguntas que no obtienen respuesta alguna; la joven guarda silencio absoluto. A continuación quiere obtener información sobre ellas por medio de Licas, mas el heraldo replica, varias veces, con evasivas. Ahora bien, el anciano mensajero que había presenciado el diálogo le cuenta a su señora lo que le había oído decir a Licas delante de muchos testigos, a saber: que Heracles había arrasado Ecalia y eliminado a Éurito por causa de Yole; que fue Eros el único dios que lo sedujo a tal lucha armada; que el motivo no habían sido los servicios<sup>158</sup> realizados en Lidia bajo las órdenes de Ónfale; que Heracles había intentado convencer a Éurito para que le

<sup>155</sup> Tr. 354-355.

<sup>156</sup> Nada encontramos en Sófocles a propósito del mutuo intercambio de atuendos realizado por Heracles y Ónfale, asunto bien recogido por Ovidio, *Heroida* 9,53-118. Véase, además, nota 147.

<sup>157</sup> El nombre propio Ἰόλη no aparece hasta el v.381, en boca del mensajero. Tres veces lo tenemos en Sófocles: Tr. 381, 420, 1220. Lo encontramos por primera vez en Hesíodo (*Fr.* 26.31: ξανθὴν Ἰόλειαν), donde figura como la más joven de los hijos de Éurito: «la rubia Yole...por la que el Anfitrióniada...Ecalia» (es un pasaje mal conservado).

Deyanira le pregunta a la joven desconocida si es doncella o madre (308). Ante el silencio absoluto de la muchacha, quiere saber, por boca de Licas, quiénes son su madre y su padre, afirmando que, de todas las prisioneras, es a la que más compadece, pues es la única que sabe tener serenidad (313: φρονεῖν οἶδεν); además, le pregunta si es hija de Éurito (316) y cuál es su nombre (316). Como sólo obtiene respuestas evasivas, se dirige directamente a la desconocida, sosteniendo que es una desgracia no saber quién es (321); tampoco, en esta ocasión, la joven le da contestación alguna.

El nombre Ἰόλη puede relacionarse con ἰός, ἰοῦ, «dardo, saeta»; equivaldría, quizá, a la disputada mediante los tiros disparados con un arco. En el plano literario puede verse cierto paralelo con la escena del *Agamenón* de Esquilo, cuando Casandra no responde a las preguntas de Clitemnestra: A. 1035 ss.

<sup>158</sup> Tr. 357: λατρεῦματα.

diera a Yole como concubina<sup>159</sup> y que, no sin haberlo pensado, la envía a su mansión, y no precisamente como esclava<sup>160</sup>, pues está encendido de pasión hacia ella<sup>161</sup>.

10. Dentro de un diálogo muy bien estructurado en que, de dos en dos, intervienen Deyanira, Licas y el mensajero, la heroína, haciendo valer sus derechos como señora del hogar y esposa de Heracles, consigue que Licas confiese la verdad. El propio léxico corrobora que hasta entonces el heraldo había disimulado. Efectivamente, Licas afirma, primero, mirando a Deyanira, estar ante la esposa de Heracles<sup>162</sup>, pero, como sabemos gracias al mensajero, había sostenido antes, bajo juramento, que traía a Yole como esposa para Heracles<sup>163</sup>. Yole, pues, no es una prisionera más entre muchas.

El mensajero, ante las evasivas y mentiras de Licas, le recuerda que él es:

«quien, estando presente, te oyó que, por deseo hacia ésa,  
la ciudad entera fue tomada; no que la lidia  
la destruyera, mas la evidente pasión por ésa»<sup>164</sup>.

Deyanira muestra gran comprensión, afirmando que no se puede luchar contra Eros<sup>165</sup>, el cual manda incluso sobre los dioses:

<sup>159</sup> Tr. 360: κρύφιον...λέχος. Entiéndase una sinédoque, es decir, no «lecho», sino «la que está en el lecho». El adjetivo κρύφιος, «oculto, a hurtadillas», lo tenemos en griego desde Hesíodo; entre los trágicos lo emplean Sófocles (2) y Eurípides (7). Es decir, Heracles quería que Yole se convirtiera en su concubina, su amante.

<sup>160</sup> Tr. 367: δούλην. Los trágicos hicieron buen uso de la familia de palabras en que se inserta el adjetivo-sustantivo δούλος. Por citar un detalle, si atendemos a los datos ofrecidos por el *TLC* de las palabras que tienen la raíz δουλ- encontramos lo siguiente: Esquilo (28), Sófocles (33), Eurípides (233). Δούλος lo leemos ya en Homero (2 veces; en femenino).

<sup>161</sup> Tr. 368: ἐντεθέρμανται πόθῳ. Hasta fines del V a. C. el verbo sólo se usa aquí. Más normal, en cambio, es el adjetivo correspondiente, ἐνθερμος, «caliente por dentro»; lo encontramos en el *Corpus Hippocraticum* (5).

<sup>162</sup> Tr. 406: δάμαρτά θ' Ἡρακλέους. El sustantivo δάμαρ- δάμαρτος significa «esposa» legítima, desde los poemas homéricos; es término arcaico y poético. Los trágicos lo usan normalmente con ese valor: Esquilo (5), Sófocles (9; en Tr. lo leemos en 406, 428, 429, 650, 1224), Eurípides (106; nótese la abundancia). En Homero sólo lo tenemos cinco veces (*Il.* 3.122, 14.503, *Od.* 4.126, 20.290, 24.125): sirve para denominar a la esposa legítima, y, desde los poemas homéricos, suele ir acompañado del nombre del marido. Se ha señalado su relación con el sustantivo empleado para mencionar la casa: δόμος. He aquí otras apariciones hasta el siglo V, según el *TLC*: *h.Ap.* (1), Píndaro (2), Aristófanes (1), Éupolis (2), Lisias (1).

<sup>163</sup> Tr. 428: δάμαρτ'... Ἡρακλεῖ.

<sup>164</sup> Tr. 431-433: Ὅς σοῦ παρὼν ἤκουσεν ὡς ταύτης πόθῳ  
πόλις δαμείη πᾶσα, κοῦχ ἡ Λυδία  
πέρσειεν αὐτήν, ἀλλ' ὁ τήσδ' ἔρωσ φανείς.

Aquí tenemos ya, por primera vez, el gentilicio «lidia», sustantivado, claramente referido a Ónfale. Es decir, el mensajero quiere dejar claro que la lidia no ha tenido relación alguna con la destrucción de Ecalia, como quizá podría pensarse a partir de la torticera exposición de Licas. Adviértase, por otro lado, cómo distribuye y dosifica los adjetivos nuestro poeta: hasta este momento no sabíamos nada de la nacionalidad de Ónfale, sino solamente que era una extranjera. El gentilicio Λύδ(ι)ος aparece por primera vez en Safo (4); tras ella, lo conocen bien los líricos y trágicos, entre otros: Esquilo (7), Sófocles (8), Eurípides (8).

Reparemos en la reiteración del deíctico (ταύτης) en los versos 431 y 433, donde el actor señalaría claramente con el dedo a Yole, presente en la escena. En ambos casos se trata, además, de un genitivo objetivo dependiente de un sustantivo correspondiente a la esfera semántica de la atracción sexual.

<sup>165</sup> La heroína se refiere a quien se enfrenta a Eros como un rúgil (ρύκτης, v.442), «luchador con los puños». Es una imagen pictórica que leemos ya en Anacreonte (396 *PMG*); después la recogerá Meleagro (*AP* 12.48.1-2).

«De modo que, si de mi esposo, por esta enfermedad  
apresado, censora soy, muy loca resulto»<sup>166</sup>.

Para apoyar sus palabras, recuerda hechos pasados:

«¿...no con otras  
muchísimas, siendo un solo varón, se ha unido Heracles ya?»<sup>167</sup>.

La dignidad de la protagonista, ante las relaciones eróticas de su esposo con otras, queda fuera de toda duda: afirma que jamás ha pronunciado un reproche contra ninguna de ellas; comprende que la belleza ha sido la ruina de Yole y que, al mismo tiempo, había causado la destrucción de su patria.

El poeta, por boca de Deyanira, parece apuntar a las varias aventuras amorosas del héroe heleno por excelencia. Otras fuentes nos dicen que, en sus incesante viajes por la Hélade y por países extranjeros, Heracles había cohabitado con varias mujeres. Su debilidad por el sexo femenino le venía de lejos. Ya antes de su primer matrimonio (con Mégara, según los especialistas), cuando se disponía a dar muerte al león del Citerón se alojó durante cincuenta noches en el palacio de Tespio, rey de Tespias (Beocia). El propio monarca facilitó cada noche la unión del héroe con una de sus cincuenta hijas, las famosas Tespiades, todas las cuales quedaron embarazadas<sup>168</sup>. Algunos estudiosos, no sin ironía, consideran esta hazaña el trabajo decimotercero del gran héroe heleno.

Pues bien, Licas no puede negar por más tiempo la realidad imperiosa de los hechos:

«Terrible deseo de ésa, un día, a Heracles  
atravesó, y, por causa de ella, la muy aniquilada  
paterna Ecalia sucumbió bajo la lanza»<sup>169</sup>.

<sup>166</sup> Tr. 445-446: Ὠστ' εἶ τι τῶμῳ τ' ἀνδρὶ τῆδε τῆ νόσω  
ληφθέντι μεμπτός εἰμι, κάρτα μαίνομαι...

Eros como enfermedad (νόσος) es un tópico muy conocido. Cf. S., Fr. 149.1; E., Hipp. 318, 476-477; Fr. 400; etc.

<sup>167</sup> Tr. 459-460: ...οὐχὶ χἀτέρας  
πλείστας ἀνὴρ εἶς Ἡρακλῆς ἔγημε δῆ;

Observamos la antítesis entre el número de mujeres con las que el héroe se ha unido («muchísimas») y el adjetivo numeral que concuerda con él («uno solo»), indicador suficiente del efecto negativo que causaría sobre el auditorio. Nótese, por otra parte, el uso de γαμέω, que en voz activa (como en esta secuencia) significa, normalmente, «tomar esposa» (sc. el varón); en media, «tomar esposo» (sc. la mujer). No obstante, en casos como éste, no hay que pensar obligatoriamente en el matrimonio legal, sino en la simple unión sexual. De todas formas, el ateniense normal, monógamo por lo común, quedaría doblemente extrañado al oír la cantidad de «enlaces» sexuales del gran héroe panhelénico. Y lo más chocante de todo es que estas palabras las pronuncia Deyanira con total naturalidad, como algo sabido por todo el mundo.

<sup>168</sup> Tal es la versión de Apolodoro, 2.65.4; afirma, además, que Heracles pensó que se acostaba siempre con la misma joven. Diodoro de Sicilia, 4.29.2, indica que Heracles era todavía un niño (ἔτι παιδὸς ὄντος τὴν ἡλικίαν) cuando llevó a cabo tal proeza sexual. (παῖς, según los especialistas, corresponde a la segunda septena de la vida, es decir, desde los ocho a los catorce años cumplidos. Cf. nota 184).

<sup>169</sup> Tr. 476-478: ταύτης ὁ δεινὸς ἡμερὸς ποθ' Ἡρακλῆ  
διήλθε, καὶ τῆσδ' οὐνεχ' ἡ πολύφθορος  
καθηρέθη πατρῶος Οἰχαλία δορί.

Afirma claramente que Heracles no le ordenó ocultar ni negar nada<sup>170</sup>; mas él había intentado disimular. Añade otro detalle muy descriptivo:

«Que aquél, siendo el mejor en todo por sus brazos,  
en todo resultó inferior a la pasión por ésta»<sup>171</sup>.

Deyanira ha entendido perfectamente: no quiere atraerse ningún mal por combatir de mal modo contra dioses<sup>172</sup>.

11. En el primer estásimo, el Coro habla del poder de Cipris; recuerda la lucha de Aqueloo contra Heracles: el toro de altos cuernos frente a quien blandía arco, lanzas y maza; en medio, como árbitro<sup>173</sup>, estaba Cipris. Entre tanto, la joven Deyanira, sentada en una colina, esperaba al que sería su esposo.

También aquí pueden advertirse dos mundos opuestos: por un lado el héroe, ganador de su conquista, y, por otro, el objetivo humano que se disputaba en la liza: una joven sentada, esperando unirse con quien fuera el vencedor de la pelea. Tanto Aqueloo, presente en esta secuencia, como Neso, citado más adelante, son seres monstruosos que en su día fueron derrotados por Heracles, un semidiós, un ser sobrehumano, acostumbrado desde niño, casi recién nacido, a enfrentarse con bestias espantosas.

---

Entiéndase el adjetivo δεινός en su polisemia: «terrible», «que causa miedo», «enorme». Por su lado, el aoristo διήλθε, «atravesó, pasó de parte a parte», tiene paralelos en ciertas descripciones ofrecidas por los médicos hipocráticos. Nótese que se entiende el deseo como una fuerza exterior con respecto al ser humano.

<sup>170</sup> Este detalle es revelador de la brutalidad de Heracles y su total falta de miramientos hacia los demás. Licas, que, sin duda, sentía vergüenza al traer a la residencia del héroe a la amante del mismo, había querido silenciar los aspectos escabrosos referentes a Yole. Heracles, en cambio, no se había preocupado, en absoluto, de lo que pensaría o haría Deyanira cuando se viera con la joven amante de su esposo dentro de la misma mansión, e, incluso, en el mismo lecho.

<sup>171</sup> Tr. 488-489: ὡς τᾶλλ' ἐκεῖνος πάντ' ἀριστεύων χερσῶν  
τοῦ τῆσδ' ἔρωτος εἰς ἅπαντ' ἦσσαν ἔφθ.

Resulta evidente la oposición entre ἀριστεύων (participio de presente de ἀριστεύω, «ser el mejor», de la raíz de ἀρετή y ἀριστος, construido aquí con una indicación limitadora en el sentido de que la excelencia la conseguía precisamente «con sus brazos», es decir, una clara alusión a las numerosas proezas del héroe de las que resultó vencedor por la fuerza de sus extremidades superiores) y ἦσσαν (comparativo irregular de μικρός-ὀλίγος, formado sobre el adverbio ἦκα, «un poco», «lentamente»), cuyo segundo término de la comparación (respecto al que precisamente se da la cualidad de ser «inferior», de quedar por debajo) es eros, a saber, el «amor de ésta» (donde τῆσδ' es un genitivo objetivo, «hacia (o por) ésta», deíctico con que se señala expresamente a Yole). Nótese que, en ambos casos, tanto la victoria como la derrota son totales, como indican claramente πάντ' - ἅπαντ'. Recordemos que más arriba (vv. 431,433) el mensajero también señala con el dedo a Yole: «deseo de ésta»; «pasión hacia ésta».

<sup>172</sup> Tr. 492: θεοῖσι δυσμαχοῦντες. El verbo, «luchar de mal modo», aparece por primera vez en Sófocles; sólo este participio más el adjetivo verbal en -téos. El adjetivo δυσμαχος lo leemos en Esquilo (3) y Eurípides (5), entre otros.

<sup>173</sup> Tr. 516: ῥαβδονόμει. Propiamente, «movía la varita»; imperfecto sin aumento. Es un hapax literario. El verbo lo tenemos aquí por primera y única vez en la literatura griega, según los datos ofrecidos por el TLG. El ῥάβδος es la varita mágica o de virtudes, señal del poder, autoridad o prestigio, de quien la lleva. Cf. Platón, *Grg.* 526 c. Con ella se castiga también a quien viola las normas consabidas.

12. La protagonista habla francamente con los coreutas. Por más que haya afirmado todo lo que ya sabemos, está dolida en el fondo de su alma:

«A una doncella —creo que no lo es ya —, más bien a una casada he recibido...»<sup>174</sup>.

Y un detalle muy revelador: siente celos si es que ha de compartir el esposo:

«Y ahora, siendo dos, esperamos bajo una sola colcha su abrazo»<sup>175</sup>.

Ese es el pago que le da Heracles, «el llamado fiel y bueno»<sup>176</sup>, por haber cuidado la mansión durante tanto tiempo, frase en que no se nos escapa la ironía de la heroína. Apparentemente, Deyanira es capaz de soportarlo todo:

«Y yo irritarme no sé contra aquél, enfermo muchas veces de esta enfermedad»<sup>177</sup>.

De todos modos, no nos convencen sus palabras, pues, en realidad, no aguanta más la situación. Puede decirse que hasta entonces todo había sucedido en otras partes, lejos del hogar; de muchas cosas se enteraría la heroína antes o después, pero sabía disculparlo.

<sup>174</sup> Tr. 536-537: Κόρη γάρ, οἶμαι δ' οὐκέτ', ἀλλ' ἐξευγμένην, παρεισδεδέγμα...

Conviene distinguir la «doncella», «muchacha soltera» (κόρη), de la «unida por el yugo» (ἐξευγμένην), es decir, «casada».

<sup>175</sup> Tr. 539-540: καὶ νῦν δὲ οὖσαι μίμνομεν μιᾶς ὑπὸ χλαίνης ὑπαγκάλισμα...

Los intérpretes vacilan entre entender ὑπαγκάλισμα como objeto directo de μίμνομεν, es decir, «esperamos el abrazo», o como aposición del sujeto: «nosotras, siendo dos, aguardamos bajo una sola/colcha cual objeto del abrazo», en cuyo caso el verbo sería intransitivo. Hasta fines del siglo V sólo contamos con tres usos de ὑπαγκάλισμα: el ya visto de Sófocles y dos en Eurípides (Tr. 747 y Hel. 242).

Lo relevante de la secuencia es la alusión de Deyanira a la posibilidad de que Heracles las tuviera a las dos en el mismo lecho.

El sustantivo χλαίνη, «colcha, cubierta de un lecho», es un término especial que aparece en ciertos contextos en que se alude a la iniciación sexual de los recién casados: cf. Arquíloco, *Epodo de Colonia*, 44-5; Eurípides, Fr. 603.4; etc.

<sup>176</sup> Tr. 541: πιστός...κάγαθός. Heracles, en suma, no ha respetado lo que le debe a Deyanira en calidad de esposo: a saber, considerarla la señora y responsable única del hogar familiar.

<sup>177</sup> Tr. 543-544: ἐγὼ δὲ θυμοῦσθαι μὲν οὐκ ἐπίσταμαι νοσοῦντι κείνῳ πολλὰ τῆδε τῆ νόσῳ...

Es el único pasaje sofocleo con esta construcción etimológica; ambos términos (νοσοῦντι - νόσῳ) en posición relevante, como primera y última palabra del trímetro. La insistencia en la imagen de la enfermedad resulta evidente. Posiblemente, Deyanira, ante las repetidas infidelidades de su esposo, había decidido mirar hacia otro lado cada vez que se enteraba de un nuevo amorío; ella «no sabe» irritarse contra él. Sabemos bien que, desde Homero, el griego cuenta con νοῦσος (ático νόσος). El verbo νοσέω lo leemos desde Simónides (1), Esquilo (sólo en Pr. (4) y en un fragmento), médicos hipocráticos, Sófocles, Eurípides, etc. (En los prosistas, el primero es Heródoto). Sófocles gusta mucho tanto del sustantivo como del verbo pertinente. En Tr. encontramos el primero en 35, 445, 491 853, 882, 980, 1030, 1084, 1260; el segundo, en 435, 544, 784, 1013, 1115, 1120, 1230, 1235. Por citar otra tragedia sofoclea significativa por el número de empleos, Ph. contiene 18 secuencias del primero; del segundo, 5.

Pero, en la situación presente, Heracles había ido demasiado lejos: mandar a la mansión conyugal como nueva esposa a una joven radiante de hermosura<sup>178</sup> con la que Deyanira tendría que compartirlo todo en el futuro, hasta el lecho y los abrazos del héroe.

Por todo ello, con meridiana claridad, la protagonista describe lo que ocurriría, pues no le cabe duda de que Heracles es capaz de todo eso y todavía de más:

«Mas convivir con ésta en el mismo hogar, ¿qué mujer podría, compartiendo el mismo esposo?»<sup>179</sup>.

Su lucidez es cada vez más aguda:

«Veo una juventud que serpentea hacia delante,  
y otra que se acaba. De ellas, el ojo gusta tomar  
la flor, y de la otra aparta el pie poco a poco.  
Eso temo de verdad: que Heracles, mi esposo  
se llame, mas de la nueva sea marido»<sup>180</sup>.

Deyanira cuenta que en un cofrecito bronceo tenía guardada sangre del Centauro Neso, lo que la lleva a introducir un excursus mítico muy en consonancia con sus propó-

<sup>178</sup> Tr. 465. Deyanira afirma que la belleza ha sido la causa de la desgracia de Yole.

<sup>179</sup> Tr. 545-546: τὸ δ' αὖ ξυνοικεῖν τῆδ' ὀμοῦ τίς ἄν γυνὴ  
δύναιτο, κοινωνοῦσα τῶν αὐτῶν γάμων;

En el plural γάμων puede verse un plural poético en vez de singular, en cuyo caso equivale a «esposo», pero también podría interpretarse como tal plural: «bodas», «matrimonio», «enlace».

<sup>180</sup> Tr. 547-551: Ὅρα ἄρ ἦβην τὴν μὲν ἔρπουσαν πρόσω,  
τὴν δὲ φθίνουσαν ὣν <δ' > ἀφαρπάζειν φιλεῖ  
ὀφθαλμὸς ἄνθος, τῶνδ' ὑπεκτρέπει πόδα.  
ταῦτ' οὖν φοβοῦμαι μὴ πόσις μὲν Ἡρακλῆς  
ἐμὸς καλεῖται, τῆς νεωτέρας δ' ἀνὴρ.

Hemos de suponer que ἦβη, en boca de la protagonista, no tiene estrictamente el significado de «juventud», sino más bien el de «edad», entendida como una parte importante de la vida humana, y, en este contexto, con referencia conspicua a la propia de una mujer. Podemos suponer que Deyanira estaría acabando la treintena o incluso comenzando sus cuarenta, y, en ese caso, no le cuadra el sustantivo que, evidentemente, se refiere a ambas, a Yole y a ella, por la estructura sintáctica de la frase. Además, ἔρπω significa propiamente «deslizarse por el suelo», «serpentea», «caminar a modo de sierpe», con lo que podría aludirse, quizá, a los cimbreantes, serpentinos, ondulantes, movimientos de la joven al andar. Las prisioneras habían dejado la escena previamente, y es muy probable que la protagonista las hubiera mirado atentamente mientras se alejaban; recordemos que también las había observado detenidamente cuando entraban en la mansión.

Cabe señalar la importancia del ojo en el proceso amoroso (cf. E., *Hipp.* 525 ss); aquí está personificado, y nada menos que dotado de pie. Por lo demás, en este pasaje hallamos una oposición evidente entre el esposo legal (πόσις) y el amante (ἀνὴρ); ambos términos, sin embargo, funcionan como sinónimos en otros lugares. Debemos insistir ahora en que el verdadero «miedo» de Deyanira toma cuerpo a partir de una situación posible, complicada e inminente: a saber, que Heracles no la tuviera en cuenta en el terreno sexual, y que encima, mantuviera ante todos el nombre de «esposo», mientras, en realidad, era el «hombre» de la joven. Porque, digámoslo de forma breve, aquí se plantean dos temores respecto a la realidad potencial que ya podía vislumbrarse: primero el que se produciría en la propia heroína, al verse herida en sus sentimientos tanto de mujer como de esposa; segundo, el que le sobrevendría cuando pensara en la opinión de los demás. La relación matrimonial, pues, sería, a partir de tal momento, muy distinta de la mantenida en las etapas anteriores, cuando, aun siendo muchas las infidelidades sexuales del héroe, todas acacían lejos del hogar.

sitos. El monstruoso cuadrúpedo cobraba un peaje por transportar en sus brazos a las gentes y permitirles, de ese modo, la travesía del río Eveno. Allí llegó la heroína cuando acompañaba a Heracles, por primera vez, como esposa; Neso, estando en medio de la corriente, la tocó con manos lujuriosas; la joven gritó, y Heracles, entonces, con un tiro certero de su arco hirió de muerte al Centauro. Éste, en estado crítico, aconsejó a la muchacha que recogiera su sangre coagulada, tomándola, precisamente, del sitio donde el veneno de la Hidra de Lerna había teñido de negro el mortífero dardo; esa sangre sería un hechizo<sup>181</sup> para el corazón de Heracles, de tal manera que a ninguna mujer que viera la amaría más que a ella<sup>182</sup>.

El lector del pasaje notará en seguida la falta de ciertos datos esenciales. No se dice casi nada de Heracles: ni si había cruzado ya el río o no, ni cómo lo hizo, ni qué tiene que ver todo eso con la Hidra de Lerna. Efectivamente, otras fuentes nos dicen que, tras eliminar a la Hidra de Lerna (lago de la Argólida), Heracles mojó sus flechas en la bilis del monstruo, de tal manera que sería mortal toda herida inferida por las mismas. En la *Gerioneida* de Estesícoro ya tenemos datos sobre el particular<sup>183</sup>.

La protagonista afirma que ha impregnado una túnica con esa sangre; su intención es clara: desea vencer a la muchacha mediante filtros y embrujos aplicados a Heracles<sup>184</sup>. Mas, cauta, le pregunta al Corifeo si le parece bien su plan.

<sup>181</sup> *Tr.* 575: κλητήριον. No estamos seguros de si este término funciona, en este contexto, como adjetivo o sustantivo. Aquí leemos su primera aparición en la literatura griega. En *Od.* 10.329 está registrado ἀκήλητος, «que no es encantado, seducido»; el verbo correspondiente (κηλέω) lo encontramos a partir de Arquíloco: se utiliza al hablar de cantos o palabras que convencen a quien las oye.

<sup>182</sup> Según Diodoro (4.36.5) y Apolodoro (2.7.6), Neso le pidió a la joven que recogiera su sangre y su semen.

<sup>183</sup> *Cf.* S 15.2.4 ss (*SLC*).

<sup>184</sup> *Tr.* 584-585: «Si, de algún modo, a esta niña venzo con filtros y embrujos que afecten a Heracles».  
 φίλτροις δ' ἔάν πως τήνδ ὑπερβαλώμεθα  
 τὴν παῖδα καὶ θέλκτροισι τοῖς ἐφ' Ἡράκλει.

Varios términos merecen atención. El sustantivo φίλτρον, «medio para hacerse amar», (recordemos φίλος), aparece en Simónides (1); luego, en Esquilo (1), Píndaro (2), Sófocles (2: *Tr.* 584.1142) y Eurípides (16). Por su parte, θέλκτρον lo encontramos por primera vez en nuestro trágico, solamente aquí. En cambio, desde Homero contamos con otros términos de la misma familia: ἔθελξα, θελκτήριον, etc. El significado común de estos vocablos apunta a la noción de «encantar, transformar mediante un encanto».

El texto ofrece un dato léxico de gran interés: Deyanira califica a Yole de «niña»(παῖδα). Aunque en el periodo clásico el significado de παῖς es múltiple («niño, hijo, esclavo») me parece que en *Tr.* hay una insistencia especial de dicho término en ciertos contextos, asunto que los comentaristas suelen pasar por alto. Lo utiliza el mensajero refiriéndose a Yole (360); Deyanira calificando a las esclavas enviadas por Heracles (532), hablando de sí misma cuando fue atacada por Neso(557) y, finalmente, aludiendo a Yole (585). Creo que no deja de tener importancia que el calificativo que a sí misma se aplica la heroína, recordando el momento de su entonces reciente boda con el héroe, resulte ser el mismo que ahora le atribuye a la que acaba de llegar para ser la amante de su esposo. Según varios documentos el término παῖς puede aplicarse al niño/a de edad comprendida entre ocho y catorce años. Aunque contemos con la imprecisión léxica y libertades poéticas propias del lenguaje trágico, puede decirse que Yole sería una niña de catorce años, o, en todo, caso, una muchacha con algunos años más, pero, de todas formas, en la primera flor de su juventud. Para mayor precisión sobre las edades de la vida aporto dos testimonios. Efectivamente, en el tratado hipocrático *Sobre las hebdómadas* 9.4 R. leemos: «Y así, en la naturaleza humana hay

Contando con su aprobación, Deyanira afirma que aún no había probado los poderes de la sangre del Centauro; no obstante, le entrega a Licas una túnica larga, bordada, a la que no debía darle la luz del sol hasta que Heracles se la hubiera puesto<sup>185</sup>. Ella había hecho la siguiente promesa<sup>186</sup>: si su esposo regresaba sano y salvo, vestirlo con tal ornamento y mostrarlo a los dioses como nuevo sacrificador con nuevo ropaje. Un fragmento del diálogo sostenido con el heraldo nos permite conocer la psicología de la heroína, deseosa tanto de ganarse a su marido haciéndole ver la amabilidad con que había recibido a Yole en la mansión, como de saber, al mismo tiempo, si el héroe seguía queriéndola a ella, enamorada todavía de aquél:

- Dey.- «Mas conoces ya, al verla, la acogida  
de la extranjera; y, yo misma, ¡qué amablemente la recibí!  
Lic.- De modo que mi corazón se ha turbado de gozo.  
Dey.- ¿Y qué otra cosa contarías? Mas temo  
que pronto le digas mi añoranza  
antes de saber si allí soy añorada»<sup>187</sup>.

Sófocles, con extraordinaria maestría, domina el imaginario mítico de los atenienses que asisten a la obra, pero, al mismo modo, aporta indudables novedades en el tratamiento de los materiales literarios al entrar en lo más hondo de la psicología femenina: el miedo de la heroína a sentirse preterida sexualmente, y, al mismo tiempo, el deseo de agradecer a su esposo al recibir con «amistad» a la joven amante.

13. Tras el segundo estásimo, la protagonista teme lo peor, pues, arrojada a pleno sol la lana con que había impregnado de sangre la túnica enviada a su esposo, se había deshecho, convertida en polvo; y, además, del suelo en que se hallaba, habían brotado espumas. Comprende que el Centauro la había engañado; sabe que cierto día una flecha, como

---

siete estaciones que llamamos edades: niño pequeño, niño, adolescente, joven, hombre adulto, persona de edad, anciano» (Οὗτω δὲ καὶ ἐπ' ἀνθρώπου φύσιος ἐπτά ὄραι εἰσὶν ἃς ἡλικίας καλέομεν· παιδίον· παῖς· μαιράκτιον· νεηνίσκος· ἀνὴρ· πρεσβύτης· γέρον). Por otro lado, según Filón (*Sobre los números*, 62 b 7), que partiría de este texto hipocrático, cada una de esas edades comprende siete años.

<sup>185</sup> Diodoro (4.38.1) y Apolodoro (2.7.7) nos dicen que Heracles había enviado a Licas para que le llevara ropa de ceremonia a fin de hacer sus sacrificios en el cabo Ceneo, con el debido esplendor.

<sup>186</sup> Tr. 610: ἠϋγμῖν. Nótese que, por oposición a su esposo que promete grandes sacrificios a los dioses y, además, les dedica espacios naturales, templos y santuarios, la promesa (pronunciada en voz alta en su momento) de Deyanira es vestir a su marido de un modo especial; es decir, el ámbito de sus peticiones a los dioses queda restringido a los suyos y a materias domésticas, privadas.

- <sup>187</sup> Tr. 627-632: ΔΗ. Ἄλλ' οἶσθα μὲν δὴ καὶ τὰ τῆς ξένης ὀρῶν  
προσδέγματ', αὐτὴν ὡς ἐδεξάμην φίλωσ.  
ΛΙ. Ὡστ' ἐκπλαγῆναι τοῦμὸν ἠδονῆ κέαρ.  
ΔΗ. Τί δῆτ' ἄν ἄλλο γ' ἐννέποις; δέδοικα γάρ  
μὴ πρῶ λέγοις ἄν τὸν πόθον τὸν ἐξ ἐμοῦ,  
πρὶν εἰδέναί με τάκεῖθεν εἰ ποθοῦμεθα.

Es importante señalar que πόθος, «añoranza», «deseo», roza el campo semántico del amor.

la que alcanzara a Neso, había herido a Quirón, un dios<sup>188</sup>; y que tal flecha, además, destruía a cuantos monstruos alcanzaba.

14. Llega Hilo que, de malos modos, con una brusquedad semejante a la que veremos en su progenitor, acusa a Deyanira de haber dado muerte a su esposo: le desea la muerte, o que sea madre de otro, afirmando que no merece el nombre de madre<sup>189</sup>. El hijo, pues, contribuye, por su parte, a establecer la tajante división entre el mundo heroico de su padre y el ambiente familiar en que se desenvolvía su madre, mediante el respecto y veneración tenida al padre y la desconsideración e incluso grosería evidente ante su madre. Además, las secuencias siguientes servirán para conocer mejor el modo de ser de Heracles y su abierto menosprecio hacia todo lo referente a su esposa.

En una larga tirada de trímetros (sesenta y cuatro)<sup>190</sup> cuenta lo sucedido. Heracles en el cabo Ceneo celebraba su victoria sobre Éurito; primero marcaba<sup>191</sup> los límites para unos altares y un santuario frondoso en honor de Zeus paterno; y, después, se disponía a ofrecer sacrificios. Licas se presentó con el regalo; Heracles se puso la túnica y comenzó el sacrificio: doce toros sin defecto y otros cien animales, mezclados, de los que se nutren de pasto.

Es un cuadro relevante para conocer al personaje: viene de destruir una ciudad<sup>192</sup>; en seguida, en un lugar elevado y visible, se dispone a marcar las líneas sobre las que se harán altares y un santuario<sup>193</sup>; el sacrificio es abundante, de animales sin tara alguna.

Sigue la impresionante descripción de los efectos de la túnica letal sobre el héroe: abundante sudor le recorre la piel; la túnica está pegada a sus costados y una comezón<sup>194</sup> le llega hasta los huesos, como si le devorara el veneno de una víbora mortífera. Heracles grita, le pregunta a Licas por qué le había traído tal peplo, pero el heraldo le contesta que el regalo es sólo de Deyanira, tal como ella lo había enviado.

<sup>188</sup> De nuevo escasez de datos precisos para el cabal entendimiento del contexto. No se dice que el buen Centauro Quirón fue herido, sin querer, por una de las flechas de Heracles; Quirón era inmortal, pero, como la herida recibida fuera incurable, le pidió a Zeus perder la inmortalidad y, de ese modo, poder morir. Cf. Apolodoro, 2.5.4. Quirón era hijo de Crono y de la Ninfa Filira. En otros lugares se le considera «dios».

<sup>189</sup> El texto presenta un participio de aoristo (κτείνασα) en función predicativa (ἴσθι...κτείνασα). Es sabido que los participios de presente, aoristo y perfecto indican aspecto, no tiempo (aunque nosotros tendamos a verterlos en español con un matiz temporal); el de aoristo, dependiendo del significado verbal, puede indicar, entre otros valores, que la acción se ha realizado (confectivo), que ha empezado a realizarse (conativo, ingresivo), etc. En todo caso, en un giro como éste, con un verbo que significa «matar» (κτείνω), los espectadores podrían pensar que Heracles ya había muerto. Como veremos, la realidad no es ésa.

<sup>190</sup> Tr. 749-812.

<sup>191</sup> Tr. 754: ὀρίζει.

<sup>192</sup> Tr. 750: πέρσας πόλιν.

<sup>193</sup> Tr. 754: τεμενίαν. Hasta fines del siglo V a.C. es la única aparición de τεμενία en la literatura griega. Desde Homero está registrado, en cambio, el sinónimo τέμενος. Ambos corresponden a la misma raíz que τέμνω, «cortar, dividir».

<sup>194</sup> Tr. 770: ὀδαγμός, «mordisco», «dentellada». Derivado de ὀδάξ, «con los dientes» (cf. ὀδών). Según el TLG es la primera aparición en la literatura griega.

Los dolores aumentan; Heracles nota un desgarrón<sup>195</sup> que se apodera de sus pulmones; ase a Licas de un pie y lo arroja a una roca del mar; el blanco meollo<sup>196</sup> del heraldo revienta, y se le abre la cabeza por la mitad.

El héroe gritaba<sup>197</sup>, se retorció por el suelo; nadie se atrevía a acercársele. Heracles, alzando sus ojos extraviados<sup>198</sup>, vio de pronto a Hilo y le pidió que lo pusiera donde no pudiera verlo mortal alguno y, además, que lo sacara de aquella tierra cuanto antes.

Al final de su relato, Hilo afirma que ya han llegado a Traquine en una embarcación; en el trayecto, su padre rugía entre espasmos<sup>199</sup>; pronto (*sc.* los actores y coreutas) verán si está vivo o acaba de morir<sup>200</sup>. Ante su madre, pide Justicia y Erinis por el crimen cometido contra el mejor hombre de los que hay sobre la tierra<sup>201</sup>.

15. El Coro, en el tercer estásimo, alude a un antiguo oráculo<sup>202</sup> según el cual los trabajos de Heracles se acabarían en el duodécimo año; menciona también el veneno de la Hidra y el engaño de Neso; recuerda que la lanza vencedora trajo desde Ecalia a la novia<sup>203</sup>.

<sup>195</sup> Tr. 778: *σπαραγμός*. Vocablo que aparece en el siglo V a. C.: Esquilo (1), Sófocles (3; en Tr. 1254 leemos otro ejemplo), Eurípides (5). Alterna con *σπάραγμα*, que surge también en esa centuria y es menos frecuente, empleado, asimismo, por los tres trágicos. En los hipocráticos tenemos el verbo correspondiente: *σπαράσσω*. En cuanto a *πλευμών* lo leemos desde Alceo (1), Esquilo (4), Sófocles (6; fuera de tres secuencias que se dan en fragmentos, es en nuestra pieza donde aparece: Tr. 567, indica el lugar hasta el que le llegó a Neso la flecha lanzada por Heracles; 778; 1054, donde el propio héroe señala que la enfermedad le está devorando «las arterias del pulmón», y es el único uso en singular), Eurípides (6), etc. Si en los poetas el plural es el número normal para mencionar este órgano, entre los autores hipocráticos el término, muy utilizado, aparece prácticamente siempre en singular.

<sup>196</sup> Tr. 781: *μυελόν*. Desde Homero está registrado el sustantivo; equivale a «médula» de los huesos y también a alguna sustancia nutritiva; en *Od.* 9.293 Polifemo devora las carnes y los huesos «ricos en médula» de los compañeros de Odiseo. Los trágicos lo emplean poco, sólo una secuencia en cada uno. Es curioso que Eurípides (*Hipp.* 255) hable de la «médula del alma». En cambio, es corriente entre los hipocráticos.

<sup>197</sup> Tr. 787: *ιύζων*, clara onomatopeya, «lanzando un grito de dolor». Dos veces está registrado en Homero; cinco en Esquilo y tan sólo una vez en Sófocles. Esas son todas las apariciones hasta fines del siglo V.

<sup>198</sup> Tr. 794-5: *διάστροφον/όφθαλμόν*. Nótese el singular. Lo relevante es el adjetivo *διάστροφος*, relacionado con *διαστρέφω*, es decir, hace referencia a la distorsión o dislocación. Es un término surgido en el siglo V a. C.: Esquilo (1), Sófocles (2), Eurípides (3. Cf. *HF* 868: *καὶ διαστροφῶν ἐλίσει σῖγα γοργωπὸς κόρας*, «y desencajadas revuelve en silencio sus brillantes pupilas», donde su autor probablemente tiene en cuenta los versos sófocleos, pues se trata precisamente del momento en que Lisa habla de sus efectos (la locura) sobre el héroe).

<sup>199</sup> Tr. 805. Nos interesa la expresión *βρυχώμενον σπασμοῖσι*. Por una parte, *βρυχάμαι* se dice en Homero (siempre en el tema de perfecto) del ruido especial producido por el mar, pero también de los profundos gemidos de un guerrero herido (cf. *Il.* 13.393); Sófocles emplea el perfecto en Tr. 1072, atribuido a Heracles; según los lexicógrafos tardíos se aplica también a los rugidos de un toro o león. Por lo referente a *σπασμός* (cf. *σπάω*), cabe considerarlo término especial de la medicina, que encontramos en tragedia sólo en nuestro trágico, precisamente en esta obra (Tr. 805, 1082); en comedia, lo ofrece dos veces Aristófanes; los hipocráticos lo emplean mucho; también lo presentan Heródoto y Tucídides (una secuencia en cada uno).

<sup>200</sup> Tr. 804: *ἢ ζῶντ' ἐσόψεσθ' ἢ τεθνηκότ' ἀρτίως*. Palabras de indudable fuerza escénica: a partir de este momento los espectadores podían esperar lo peor.

<sup>201</sup> Tr. 811: *πάντων ἄριστον ἄνδρα τῶν ἐπὶ χθονί*.

<sup>202</sup> Tr. 823: *παλαιόφτου προνοίας*.

<sup>203</sup> Tr. 857: es decir, a Yole. Desde Homero, *νύμφη* tiene varios valores: «mujer joven», «joven casadera», «desposada», «recién casada», etc. También se aplica a diosas menores (de ríos, fuentes, bosques, montañas, etc.). Los tres trágicos emplean el sustantivo con frecuencia.

El Coro, pues, nos permite establecer tres planos diferentes: el del héroe, el del Centauro (donde el espectador ha de pensar evidentemente en Deyanira) y el de la joven amante, Yole.

16. La nodriza cuenta que Deyanira, tras haber extendido las ropas de la cama matrimonial, se sentó en ella, se despidió del lecho y de la cámara nupcial, se soltó, con mano nerviosa, el peplo abrochado a la altura de sus pechos, dejó al descubierto todo su costado y el brazo izquierdo y, sin que hubiera en ese momento nadie presente, se quitó la vida clavándose una espada<sup>204</sup> bajo el hígado y el diafragma; asimismo, relata que Hilo, informado demasiado tarde por los de su hogar de lo que realmente había sucedido y sabedor de que su madre lo había hecho todo sin querer, lloró amargamente junto al cadáver materno.

17. En el cuarto estásimo el Coro, viendo acercarse a la comitiva, se pregunta si Heracles está muerto o dormido<sup>205</sup>. El indudable *suspense* producido en los espectadores servirá para subrayar el verdadero modo de ser del héroe cuando, llegado el momento, exprese sin paliativos sus feroces sentimientos con respecto a su esposa.

18. Las primeras palabras de Heracles, que es transportado en parihuelas, las oímos a partir del verso 983.

<sup>204</sup> En Diodoro (4.38.3) y Apolodoro (2.7.7), la heroína se ahorca. Es raro que una mujer se quite la vida con una espada (*Tr.* 930: ἀμφιπλήγι φασγάνῳ, «con espada de doble filo»). El sustantivo φάσγανον lo leemos en los poemas homéricos, donde ya es un arcaísmo, y, después, tiene escaso uso, siendo empleado especialmente en poesía. Por ejemplo, Esquilo (1), Sófocles (4: de ellos, dos en nuestra pieza), Eurípides (48).

<sup>205</sup> *Tr.* 968-70: «¡Ay, ay! Éste es llevado sin voz.

¿Qué es preciso? ¿Muerto,  
o vencido de sueño, creerlo?».   
αἰαῖ ὄδ' ἀναύδατος φέρεται.  
τί χρῆ, φθίμενόν νιν, ἢ καθ'  
ὑπνον ὄντα κρίναι;

Es decir, el Coro, que acaba de señalar que Heracles llega transportado por numeroso cortejo (*Tr.* 964: ξένων γὰρ ἐξόμιλος ἄδε τις στάσις, donde *στάσις* es una conjetura aceptada por los editores; los manuscritos ofrecen *βάσις*, «marcha», «paso») de extranjeros, afirma ahora que el héroe llega mudo, carente de voz (*ἀναύδατος*), y no sabe si está muerto o dormido. Para los espectadores sería un momento de gran tensión, pues seguramente los acompañantes de Heracles llevarían atuendos especiales que los identificarán como extranjeros (tanto ξένων como ἐξόμιλος (sólo aparece en este lugar hasta fines del siglo v; ὄμιλος, «tropa», «grupo de gente», en cambio, está registrado desde Homero) son identificadores del carácter extraño de los portadores); además, son las primeras palabras que presentan al famoso héroe, terrible y, a la vez, benéfico amigo de la humanidad.

Hay una serie de elementos que precisarían un comentario extenso. Nos limitamos a lo más relevante para nuestro propósito. El lector atento del pasaje, del que hemos ofrecido sólo unos versos, notará en sucesión φορεῖ...φέρει...φέρεται (no se nos escapa la aliteración), verbos que apuntan a la acción de transportar a Heracles en procesión. Del acompañamiento nos indica el Coro que se mueve con marcha lenta y silenciosa (*Tr.* 966-7: βαρεῖαν/ ἄφρον φέρει βάσιν), otro testimonio escrito de lo que sería un hermoso espectáculo, rico en colorido y notable por sus movimientos pausados, rítmicos y silenciosos.

Señalemos el adjetivo ἀναύδατος (es una conjetura aceptada por los editores; los códices leen ἀναύδος, registrado en la *Odisea*, y luego en los tres trágicos, entre otros), usado sólo dos veces en nuestro trágico y otra en Esquilo; sólo eso dentro del siglo v. Sea como fuere, el adjetivo apunta al sustantivo αὐδή, que desde Homero indica la «voz» humana, a diferencia de φωνή, que también puede aplicarse a los sonidos emitidos por animales.

Yace en medio de enormes dolores y sufrimientos; habla de la abominable que lo devora<sup>206</sup>; dirige sus imprecaciones a Zeus, su padre, y, a continuación, se queja amargamente de los helenos: ha limpiado el ponto y todos los bosques<sup>207</sup> (*sc.* de ladrones y malhechores), y ahora nadie le trae ni fuego ni un arma que le cause beneficio<sup>208</sup> (eufemismo, por quitarle la vida); sus dolores son tan agudos que pide a voces que alguien le corte la cabeza<sup>209</sup>; alude a la enfermedad terrible, salvaje<sup>210</sup>; le pide a Hilo que le clave la espada bajo la clavícula<sup>211</sup>, diciéndole que le cure<sup>212</sup> el sufrimiento causado por Deyanira, su madre impía. Le suplica a Hades que lo duerma con rápida muerte.

El gran héroe, a pesar de su profundo abatimiento y terribles dolores, con increíble fuerza y lucidez pronuncia, a continuación, sesenta y dos trímetros yámbicos<sup>213</sup>: alude a los muchos y peligrosos males que había soportado con sus brazos y espalda<sup>214</sup>; con todo, ni la esposa<sup>215</sup> de Zeus ni Euristeo<sup>216</sup> le habían causado ninguno como el precedente de la hija de Eneo (Deyanira): una red tejida de las Erinis<sup>217</sup>. Repasa sus trabajos: sus males

<sup>206</sup> *Tr.* 987: ἄ δ' ἀν̄ μαρὰ βρύκει.

<sup>207</sup> *Tr.* 1061. El verbo καθαίρω, así como el sustantivo κάθαρσις, tienen un significado de amplio espectro. Los utilizan los médicos, en la idea de que hay que limpiar el cuerpo humano de sus impurezas mediante purgantes que hacen efecto por la boca (vomitivos) o por abajo (evacuantes); el mundo religioso acude con cierta frecuencia a esos conceptos, que, quizá desde ese entorno, pasaron a los médicos. Ya en *Tr.* 1013 el héroe indica que ha limpiado la tierra.

<sup>208</sup> *Tr.* 1014: ὀνήσιμον, «útil, provechoso». Es un adjetivo poco usado. Hasta el siglo V a. C., sólo lo encontramos en un Himno homérico (*h. Merc.* 30), Esquilo (*Eu.* 924) y Sófocles (tres apariciones, pero la que nos ocupa es la única en que aparece con matiz eufemístico). Nótese que el héroe habla del fuego como provechoso para sus males. Puede pensarse aquí en un adelantamiento de lo que sería su muerte en la pira. (Para el fuego como instrumento de muerte puede acudir a *Ph.* 800, y también al euripideo *HF* 1151-2). No debemos olvidar lo que nos dice un aforismo hipocrático: «Lo que los medicamentos no curan, el hierro lo cura; lo que el hierro no cura, el fuego lo cura; pero lo que el fuego no cura, eso es preciso considerarlo incurable» (*Aph.* 7.87).

<sup>209</sup> *Tr.* 1015-1017.

<sup>210</sup> *Tr.* 1030: ἀγρία. El mismo calificativo dado a la enfermedad lo leemos en *Ph.* 173, 265.

<sup>211</sup> Desde Homero es el lugar adecuado para producir una herida mortal: *cf. Il.* 8.325-6.

<sup>212</sup> *Tr.* 1035: ἄκου. Homéricos son el verbo y el sustantivo correspondiente, ἄκος, «remedio», «reparación», que, en Heródoto y los médicos hipocráticos, adquiere el significado de medio para conseguir la salud.

<sup>213</sup> *Tr.* 1046-1111.

<sup>214</sup> Recuérdese, entre otras hazañas, haber soportado el globo terrestre sobre sus hombros, cuando visitó a Atlas.

<sup>215</sup> El nombre propio Hera es muy poco utilizado en Sófocles: *El.* 8, y en dos fragmentos.

<sup>216</sup> Es la única mención en nuestra tragedia. Desde Homero es un nombre bien conocido: *Il.* 8.363 nos presenta a Atenea que recuerda cómo el héroe, afligido por los trabajos impuestos por Euristeo, lloraba mirando al cielo (ὁ μὲν κλαίεισπε πρὸς οὐρανόν); Zeus la había enviado a socorrerlo; en *Il.* 19.133 el mismo padre de los dioses gemía (στενάχεσχ) por la ceguera (ἄτη) que había tenido, cada vez que veía a su hijo soportando un trabajo impropio ordenado por Euristeo, ya que la causa de todo había sido el juramento que él mismo le diera antaño a Hera. Lo mencionan Hesíodo, Píndaro, etc. Sófocles sólo lo nombra aquí; en Eurípides, en cambio, es bastante frecuente (40 secuencias). Los historiadores lo conocen bien: Hecateo, Heródoto, Ferecides, etc. Por su parte, Tucídides afirma que murió en el Ática a manos de los Heraclidas (1.9.2).

<sup>217</sup> *Tr.* 1051-5: «Ajustó en mis hombros tejida red de Erinis, con que perezco. Combatiendo contra mis costados, mis más íntimas carnes está devorando, y las arterias del pulmón sorbe allí instalada...»  
καθῆψεν ὦμοις τοῖς ἐμοῖς Ἐρινύων

presentes no los han producido los Gigantes ni los Centauros ni la Hélade ni ningún país bárbaro de los que había recorrido y purificado:

«una mujer, siendo femenil, no varonil por naturaleza,  
ella sola me derrotó sin espada»<sup>218</sup>.

Realmente lo que le duele al héroe es haber sido vencido por una mujer, la suya precisamente; es decir, alguien que no es varón por su naturaleza y, que, además, no ha usado la espada. Heracles acude al mismo término (φάσγανον) que hemos encontrado antes cuando la nodriza menciona el instrumento con que la heroína se ha dado muerte.

Heracles le ordena a Hilo que saque de la mansión a Deyanira:

«¡Dame con tus dos manos, trayéndola tú mismo desde la mansión,  
hasta mi mano, a la que te tuvo, para saber claramente  
si te dueles más viendo mi figura ultrajada  
o la de aquélla, con justicia maltratada!»<sup>219</sup>.

ύφαντὸν ἀμφίβληστρον, ᾧ διόλλυμαι.  
πλευραῖσι γὰρ προσμαχθὲν ἐκ μὲν ἐσχάτας  
βέβρωκε σάρκας, πλεῦμονός τ' ἀρτηρίας  
ρόφει ξυνοικοῦν...

Heracles llama «red» (ἀμφίβληστρον, propiamente «lo que se echa por una parte y por otra» o «alrededor»). El sustantivo lo tenemos ya en Hesíodo, *Sc.* 215) a la túnica enviada por la hija de Eneo (Deyanira, sujeto de la oración). Sófocles conocía muy bien a Esquilo, que pone en boca de Clitemnestra ese término cuando relata cómo ha dado muerte a Agamenón, echándole por encima una «red sin salida, como de peces» (*A.* 1382). Precisamente, otra vez la ofrece el mismo trágico, cuando Electra, junto con Orestes, está invocando a su padre y le recuerda «la red que estrenaron...» (*Ch.* 492) sus asesinos. Eurípides recoge el sustantivo en cuatro ocasiones, siempre en plural. En prosa, Heródoto lo utiliza tres veces. Todo esto por limitarnos al siglo V.

Pero Sófocles añade un calificativo decisivo que no emplea Esquilo cuando habla de la mortal «red»: «tejido» (ύφαντόν), posiblemente preparado por las propias manos de la heroína en su telar. Y hay otro detalle que nos lleva a Esquilo: «de las Erinis», que puede entenderse como sinónimo de «mortal, funesto», viéndolo como un genitivo explicativo o epxegético («tejido que consiste en las Erinis», es decir, la muerte), o posesivo («tejido de las Erinis», con lo cual se estaría pensando en Deyanira como una Erinis), pero, en todo caso, no genitivo agente, contra lo que algún comentarista pretende.

En tragedia, Sófocles (1) y el *Reso* pseudo-eurípideo (1) emplean el sustantivo ἀρτηρία. Los médicos hipocráticos no distinguen claramente entre «vena» (φλέψ, ya en Homero) y «arteria», ἀρτηρία (63 apariciones entre los hipocráticos). Este nombre aparece en el siglo V; alude a la acción de sostener en vilo, en alto, y es un término polisémico que se aplica tanto a la arteria aorta como a la tráquea (está relacionado con ἀορτή, «aorta», «la que mantiene en vilo»; cf. ἀείρω), pues según los hipocráticos la tráquea sirve para mantener suspendido el pulmón. Por lo demás, tanto en Anaxágoras (1) como en Demócrito (3) está registrado el sustantivo, pero se trata de testimonios de autores tardíos. Hay que esperar hasta Praxágoras, siglo IV, para encontrar la diferencia entre «venas» (las que, según él, van llenas de aire) y «arterias» (que están repletas de sangre).

En el texto examinado leemos el verbo ρόφω, «sorber», «tragar», que difícilmente puede entenderse si se piensa en el aire de los pulmones; habría que inclinarse por explicarlo como «los vasos de los pulmones», sin especificar si se trata de venas o arterias.

<sup>218</sup> *Tr.* 1062-1063: γυνὴ δέ, θῆλυς οὔσα κοῦκ ἀνδρὸς φύσιν,  
μόνη με δὴ καθεῖλε φασγάνου δίχα.

<sup>219</sup> *Tr.* 1066-1069: Δός μοι χεροῖν σαῖν αὐτὸς ἐξ οἴκου λαβῶν  
ἐς χεῖρα τὴν τεκοῦσαν, ὡς εἰδῶ σάφα  
εἰ τοῦμὸν ἀλγεῖς μᾶλλον ἢ κείνης, ὁρῶν  
λωβητὸν εἶδος ἐν δίκῃ κακούμενον.

Heracles le pide a su hijo que se apiade de él, que prorrumpe en lamentos:

«¡Vamos, hijo, atrévete! Laméntate por mí,  
lamentable para muchos; de mí, que cual doncella  
gimiendo estoy mientras lloro, y esto jamás nadie  
podría afirmar haber visto a este hombre haciéndolo,  
mas sin lamentos siempre estuve en las desgracias.  
Y ahora, tras ser tal, fémmina resulto, ¡desdichado de mí!»<sup>220</sup>.

Los comentaristas insisten en que la repetición del término «mano» indica la ferocidad y salvajismo del héroe, acostumbrado a resolver las dificultades con sus propias manos, eliminando con ellas a sus enemigos, ya fueran seres humanos ya animales.

<sup>220</sup> Tr. 1071-1075: ἴθ', ὃ τέκνον, τόλμησον· οἴκτιρόν τέ με  
πολλοῖσιν οἴκτιρόν, ὅστις ὥστε παρθένος  
βέβρυχα κλαίων, καὶ τόδ' οὐδ' ἄν εἰς ποτε  
τόνδ' ἄνδρα φαίη πρόσθ' ἰδεῖν δεδρακότα,  
ἀλλ' ἀστένακτος αἰὲν εἰχόμην κακοῖς.  
νῦν δ' ἐκ τοιοῦτου θῆλυς ἠύρημαι τάλας.

El escoliasta recuerda la *Iliada* (16.7-8) donde Aquiles se dirige a Patroclo que llora como una niña pequeña (κοῦρη νηπίη); aquí se trata de una παρθένος, es decir, una joven no casada. En realidad ambos sustantivos (κόρη-παρθένος) son usados, con frecuencia, de modo indistinto. Sófocles muestra especial predilección por παρθένος en la tragedia que examinamos: 5 de las 16 veces en que la ofrece en sus obras. En Tr. 148, como una premonición, Deyanira opone παρθένος a γυνή, indicando las notas que caracterizan a la joven soltera y libre: vida placentera y ausencia de temores; en cambio, por boca del propio héroe panhelénico, en 1219 se refiere claramente a Yole, soltera, es cierto, pero no virgen; pensamos, pues, que cuando Heracles compara su llanto con el de una παρθένος no queda claro si, aparte de la juventud caracterizadora de ese sustantivo, piensa o no en alguna connotación pertinente a la vida sexual. Por lo demás, los coreutas de esta tragedia son jóvenes doncellas a tenor de los vv. 211 y 1275. (El término παρθένος aparece ya en ambos poemas homéricos; luego, Esquilo lo usa en 22 secuencias; Eurípides, en 138)

En Homero (cf. nota 216), se nos habla de cómo gemía Heracles mirando al cielo; no obstante, en la tragedia tendría unos efectos especiales ver llorar a tan terrible y sanguinario héroe. Acúdase a nota 55, para ver el precedente de Baquilides en lo referente a las lágrimas del héroe.

(Sabemos que numerosas indicaciones respecto a lágrimas, risa, llanto, etc. corresponden a la pura convención escénica. La máscara impedía ver esos detalles a que, con frecuencia, se refieren los personajes. Buen conocedor de Sófocles, Eurípides, HF 1354-7, nos presenta a Heracles llorando tanto que Teseo (1394) le pide que cese ya en sus lágrimas).

Especial impresión causaría sobre los oyentes, creemos, la petición dirigida a su hijo para que tuviera piedad de él, cuando personalmente es un ser que carece de ese sentimiento, como veremos unos versos más abajo.

[Analizando las obras sofocleas y teniendo en cuenta el número de veces en que aparecen en ella vocablos que contienen la raíz οἴκτ-, tenemos: Ph. (14), Tr. (11), El. (11), etc. Del interés de nuestro poeta por términos de esa familia nos da una clara idea el número total que encontramos en los tres tragediógrafos: Esquilo (42), Sófocles (66) y Eurípides (144); piénsese que Sófocles supera con mucho a Esquilo, cuando de ambos se ha conservado el mismo número de obras (7); y también prevalece, en porcentaje, con respecto a Eurípides del que tenemos 18 títulos].

Pero hallamos otros indicios léxicos de que estamos en una secuencia muy trabajada por su autor. En primer lugar, la anáfora (οἴκτιρον...οἴκτιρόν) y el juego etimológico, refuerzan, en el plano lingüístico, el contraste entre el personaje y sus palabras.

En segundo lugar, la presencia del adjetivo ἀστένακτος, «sin gemidos», que aparece, por primera vez, en los trágicos, y es muy raro. Sófocles, sin duda, lo selecciona cuidadosamente para el pasaje; lo emplea solamente dos veces (Tr. 1074, 1200). En Esquilo sólo tenemos el adverbio (ἀστενακτί) en un fragmento; en Eurípides, dos veces, el adjetivo.

En tercer lugar, el uso de θῆλυς, adjetivo bastante empleado por Homero (es muy interesante Il. 19.37, donde se nos dice que Hera, por ser fémmina, engañó con sus astucias a Zeus, precisamente el día en que Alcmena iba a dar

Desde el punto de vista de los espectadores, es importante la progresión de los hechos: primero, el héroe es vencido por una mujer; luego, llora cual doncella; y, en tercer lugar, «es descubierto» (ἠΰρημαι) como fémina. Entiéndase que ese descubrimiento lo realizan los ojos de quienes lo están viendo. ¡No cabe mayor transformación de un héroe tan feroz e inhumano en tan poco transcurso de tiempo!

Heracles se nos presenta con rasgos nuevos, especiales, en su modo de ser: no sólo quiere despertar los lamentos de los demás, sino que descubre su cuerpo desgarrado<sup>221</sup>, primero a Hilo, y, luego, a cuantos están en escena, y, posiblemente, a los espectadores. Le pide a Hades que lo acoja, y a Zeus que lo aniquile con el rayo. Pero, he aquí, que, tras invocar a sus propios brazos, alude brevemente a varias de sus famosas gestas: León de Nemea, Hydra de Lerna, Centauros, Jabalí del Erimanto, Can de Hades subterráneo, Dragón de las Hespérides.

Todo parece indicar que ha recuperado las fuerzas. Pero no es así: nos indica que él ya no es nada y en modo alguno puede caminar. Ahora bien,

«a la que hizo esto,

la someteré con mis manos, aun en esta situación. Que se acerque tan sólo, para que aprenda a anunciar a todos que, tanto viviendo como muriendo, a los malvados castigué»<sup>222</sup>.

Las verdaderas intenciones del héroe se ponen de manifiesto cuando Hilo le comunica que Deyanira había errado sin querer y muerta está, tras haberse quitado la vida.

«¡Ay de mí! ¿Antes que, como era menester, muriera por mi propia mano?»<sup>223</sup>.

Heracles, pues, habla con enorme fiereza, sin expresar ni una palabra de pena al enterarse de la muerte de su esposa; el único lamento que profiere es el de no haber podido aniquilarla con su propia mano.

a luz), y poco frecuente en Hesíodo; raras veces lo leemos en los líricos; Esquilo lo emplea con cierta frecuencia; en Sófocles sólo lo encontramos en *Tr.* 1062, 1065, y en un fragmento; Eurípides lo utiliza mucho, en cambio.

<sup>221</sup> Se ha visto cierta relación entre la acción de mostrar las heridas fuera de sus vendas (1079: ἐκ καλυμμάτων) con el momento en que la novia se quitaba el velo (τὰ ἀνακαλυπτήρια) antes de recibir los regalos nupciales. Cf. Levett (2004, 6).

<sup>222</sup> *Tr.* 1108-1111: ... τὴν γε δράσσασαν τάδε  
χειρώσομαι κάκ τῶνδε· προσμόλοι μόνον,  
ἴν' ἐκδιδαχθῆ πᾶσιν ἀγγέλλειν ὅτι  
καὶ ζῶν κακοῦς γε καὶ θανῶν ἐτεισάμην.

Recordemos que el héroe está recostado en una especie de camilla. A pesar de la posición, tan incómoda, y del estado físico, tan deplorable y lastimero, no se le han calmado, ni lo más mínimo, sus terribles ímpetus y deseos de venganza.

<sup>223</sup> *Tr.* 1133: οἴμοι· πρὶν ὡς χρῆν σφ' ἐξ ἐμῆς θανεῖν χερός;

Nos llama mucho la atención que Heracles pronuncie una exclamación, no por causa de sus propios dolores, sino por la rabia que siente al no poder eliminar a Deyanira con sus propias manos. De nuevo la fiereza y el salvajismo del héroe quedan de manifiesto. ¡Ni una palabra de pena, o al menos de consuelo, para su hijo, que, en fin de cuentas, había perdido a su madre!.

19. Hilo le dice a su padre que Deyanira, tras haber visto otras nupcias dentro de su hogar, se había equivocado al pensar que le enviaba un hechizo<sup>224</sup>, un filtro amoroso<sup>225</sup> (precisamente el recomendado antaño por Neso) para enloquecer<sup>226</sup> su deseo.

20. En este momento, el héroe parece comprenderlo todo, nada más oír el nombre del Centauro. Si hasta ahora creía que toda su enfermedad (la locura, según pensaba él) se la había causado el regalo de Deyanira, ahora entiende bien que se trata de algo dispuesto por los dioses. A partir de este momento hay un cambio radical en sus palabras: no se lamenta ni una vez más; todo son órdenes y amenazas indicadores de castigos que habrían de cumplirse en este mundo o en el otro. Pide que venga su desdichada madre Alcmena y todos sus hijos, pues quiere transmitirles el último mensaje de unos oráculos<sup>227</sup>; afirma que desde hacía tiempo disponía de una profecía<sup>228</sup> procedente de su padre: que no moriría jamás por obra de ninguno que respirara, sino de quien, muerto, fuera habitante de Hades: clara alusión a Neso, que, tras morir, causaría la muerte de un vivo.

Aparte de tal profecía, el héroe dispone de unos augurios recientes<sup>229</sup>, pronunciados en la encina de Dodón, en el santuario de los Selos montaraces que duermen en el suelo, y escritos por su propia mano<sup>230</sup>, en los cuales se indica que sus penas acabarían precisamente en aquel día. Comprende ahora que se trata de su muerte, pues quien fenece deja de tener fatigas<sup>231</sup>.

Heracles le hace jurar a Hilo por Zeus que lo llevará a la cumbre del Eta; allí, tras cortar muchas encinas y acebuches, debe ponerlo encima de ellos y prenderles fuego con una rama de pino<sup>232</sup>. Todo ello, sin llorar ni gemir, pues, de lo contrario lo esperará

<sup>224</sup> Tr. 1138: στέργημα: es un hapax. El verbo στέργω se usa, en general, para indicar el cariño y afecto de padres a hijos. No obstante, en derivados como éste, adquiere el valor propio de la familia de ἐράω. En Eurípides algunos ejemplos del verbo también rozan la esfera de la relación sexual: cf. *Andr.* 907.

<sup>225</sup> A estas palabras, Heracles pregunta quién entre los traquinios es experto en remedios: φαρμακεύς. Si φάρμακον, «droga, remedio, medicina» lo leemos desde Homero, el sustantivo de oficio o profesión, con sufijo *-eus*, lo tenemos por primera vez en Sófocles, y sólo en él hasta fines del siglo V.

<sup>226</sup> Tr. 1142:...τὸ σὸν ἐκμῆναι πόθον. El verbo ἐκμαίνομαι apunta aquí a una «locura» (μανία) especial: la producida por el deseo hacia otra persona, en sentido sexual. Literalmente: «volver loco tu deseo».

<sup>227</sup> Tr. 1150: θεσφάτων. Desde Homero contamos con θέσφατα, «oráculos», «asuntos afirmados por los dioses». Es un compuesto de \*θεσ- (Cf. θεός), «dios», y φατός, adjetivo verbal de φημί.

<sup>228</sup> Tr. 1159: πρόφαντον. También en 1163. Es realmente un adjetivo verbal en *-tos* correspondiente a un compuesto de φαίνω: «evidente, anunciado».

<sup>229</sup> Tr. 1165: μαντεῖα καινά. En Homero encontramos ya el encargado de predecir el porvenir, el profeta, adivino (μάντις). En cuanto al sustantivo μαντεῖον, pl. μαντεῖα, «profecía, oráculo», en cuya interpretación (y/o recepción) interviene un μάντις, lo leemos desde Esquilo, Píndaro, Sófocles, etc.

<sup>230</sup> Tr. 1167: o bien, escritos por otro para él. La voz media (ἐξεργραψάμην). Es una conjetura aceptada por varios editores. Los códices leen ἐσεργραψάμην) es imprecisa en este caso.

<sup>231</sup> Tr. 1170, 1173: μόχθος.

<sup>232</sup> Si ser quemado en una pira es sólo un deseo del héroe en Sófocles, Séneca, en su *Hércules Eteo*, lo lleva a la realidad. Sófocles no inventó, quizá, el tema de la pira, pues conocía posiblemente cierta costumbre de su época: encender hogueras y dedicar ofrendas en lo alto de los montes para honra de Heracles. En lugares tales se han encontrado estatuillas dotadas de inscripciones que avalan lo que decimos. Es probable que el motivo de la pira

abajo<sup>233</sup> con graves maldiciones. El héroe se muestra autoritario, inflexible y carente de compasión en todo momento, sin sentir por su hijo ni un ápice de piedad ni una palabra de conmiseración tras la muerte de Deyanira, sino que sólo se preocupa por lo que realmente le interesa, y, llevado por su feroz egoísmo, seguirá dándole órdenes hasta el último momento.

21. Hilo no quiere ser un parricida ni mancharse con la sangre de su padre<sup>234</sup>; ante las protestas de éste, que lo tiene por el único «curador»<sup>235</sup> de sus desgracias, acepta llevarlo a tal lugar, pero no está dispuesto a tocar la leña de la pira con sus manos.

22. A continuación, el héroe le pregunta a su hijo si conoce a la muchacha euritía<sup>236</sup>. Le pide, luego, que se case con ella, y que ningún otro tome por esposa a la que se había acostado a su lado.

23. Hilo sospecha que su padre ha perdido la razón<sup>237</sup>, pero, amenazado con sufrir la maldición divina, acepta finalmente todo lo indicado por aquí.

fuera bien conocido antes de nuestro autor, pues, por los mismos años del trágico, Heródoto (7.198.2), por ejemplo, nos cuenta que el río Diras había acudido en ayuda de Heracles cuando estaba ardiendo (τῷ Ἡρακλεῖ καιομένῳ). Diversos hallazgos arqueológicos conseguidos en la cima del Eta han confirmado un culto antiguo en honor del héroe.

<sup>233</sup> Tr. 1202. Eufemismo, por «en el Hades». En ningún lugar se habla en esta tragedia de la apoteosis del héroe.

<sup>234</sup> Tr. 1207, donde tenemos el sustantivo παλαμναῖος, «con manos culpables de algún delito», especialmente cuando se alude a crímenes familiares. (Cf. la primera aparición del término en Esquilo, *Eu.* 448: Orestes cita la ley según la cual el que se ha manchado de sangre no puede hablar hasta haber realizado determinados ritos. El sustantivo es de la misma raíz que παλάμη, «palma de la mano», «mano»). Sabemos por otras fuentes que fue Peante, padre de Filoctetes, (o éste mismo) quien prendió fuego a la pira. En Sófocles, *Ph.* 1430, Heracles viene desde las mansiones celestes donde habita para darles consejos a Filoctetes y Neoptólemo; al primero le pide que, una vez tomada Troya, le envíe el botín a su padre, Peante, reservando algo, en memoria del arco, para su pira.

Hilo (Tr. 1214) no está dispuesto, ni siquiera, a tocar tal pira con sus manos (ὄσων γ' ἄν αὐτὸς μὴ ποτιψαύων χεροῖν). Muy distinta es la actitud de Teseo respecto al gran héroe en el *Heracles* euripideo, cuando, aun viendo a su amigo manchado con la sangre de sus hijos y esposa, no duda en mirarlo, hablarle, oírlo e incluso rozarlo para quitarle el velo que le cubría la cabeza (*HF* 1219-20, 1226-7, 1232).

<sup>235</sup> Tr. 1209: ἰατῆρα. El padre le había dicho (Tr. 1208-9) que, de sus males, era «el único sanador y médico (παιώνιον/ καὶ μούνον ἰατῆρα)» [Píndaro (2) y Sófocles (1) son los únicos en usar este último sustantivo en el siglo V con ese vocalismo, pero ἰατῆρ lo vemos desde Homero (6)]; ahora bien, Hilo no entiende cómo puede «curar» (1210: ἰώμην) a su padre mediante la acción de prenderle fuego. Quizá es un razonamiento propio de los años en que la obra se representó.

Piénsese que estamos ante una idea religiosa, prerracional, la del curador [παιώνιος, cuando se trata de personas, es alguien relacionado con el «peán», canto en honor de Apolo –dios de la medicina, junto con su hijo Asclepio–, pero también el «curador, sanador»; Esquilo (4), Sófocles (1)], junto a otra palabra propia de las artes-ciencias que van surgiendo en el siglo V. Para nombrar al médico, los hipocráticos usan el término ἰατρός.

<sup>236</sup> Tr. 1219. En el verso siguiente (1220), la sorpresa y estupor de Hilo es tan grande que le pregunta abiertamente si se está refiriendo a Yole. Muchos espectadores sabrían bien que los hijos de Hilo y Yole eran los llamados Heraclidas, conocidos no sólo gracias a los poetas (Tirteo, 2.3; Píndaro, *P.* 1.63; recordemos que tanto Esquilo como Eurípides escribieron sendos *Heraclidas*), sino también por medio de los historiadores (Hecateo, *Fr.* 30.2; Heródoto, 9.26; Tucídides, 1.9; 1.12.3; Ferecides, etc.). Tras varios intentos, los Heraclidas se apoderaron del Peloponeso.

<sup>237</sup> Tr. 1230 (νοσοῦντι), 1235 (ὄστις μὴ ἕξει ἀλαστόρων νοσοῖ, «quien no esté enfermo por obra de espíritus malignos»), 1241 (ὡς νοσεῖς φανεῖς). Varios intérpretes opinan que el verbo νοσεῖω tiene en estos casos un sentido físico y psíquico, al mismo tiempo.

24. Las últimas palabras de Heracles van dirigidas a su alma<sup>238</sup>: le ordena que sofoque sus gritos y que, poniendo grapa de acero en su boca, cumpla una acción gozosa, aunque involuntaria.

25. Hilo se dirige a los servidores para que transporten a Heracles; critica a los dioses, porque, tras engendrar hijos, los dejan sufrir<sup>239</sup>. El futuro nadie lo ve, y lo que tienen ante sí, lamentable es para los hombres, vergonzoso para los dioses<sup>240</sup> y durísimo para quien tal extravío soportó.

El último verso, por boca del Corifeo, proclama que «Nada de esto hay en que no esté Zeus»<sup>241</sup>.

26. Así pues, Deyanira y Heracles que habían vivido en mundos diferentes, opuestos, casi incompatibles hasta entonces, también obran de modo diferente en el momento supremo de la muerte. Aquélla se suicida como resultado de una decisión privada, personal, actuando a la manera varonil propia de un héroe homérico; éste manda que lo quemem en una pira, ante varias personas (su familia, etc.) y está dando órdenes hasta el final; su muerte, incinerado, habrá de ser un acto público, no privado.

Aunque existe algún precedente en la lírica de Baquilides, creo que una aportación innovadora de nuestro trágico en la pieza examinada es presentar en escena un héroe con ciertos rasgos tenidos por propios de mujer; en una palabra, la feminización del héroe: llorar como una doncella y resultar una mujer en su forma de ser. Es más, Heracles, sabiéndose herido de muerte, pide piedad de modo lastimero y humillante, lejos de lo que había sido su carácter soberbio, despiadado y brutal en su vida anterior.

<sup>238</sup> Tr. 1260-3. En Sófocles tenemos otra secuencia en que el Coro, refiriéndose al protagonista, lo llama «alma desdichada» (ὦ μελέα ψυχά): cf. Ph. 712; no tenemos nada parecido en Esquilo; sí, en Eurípides (Io. 859; IT 839, 882; Or. 466). Cf., también, Píndaro, P. 3.61.

Heracles, pues, personifica a su propia alma y la considera capaz de ponerse grapas en la boca; parece que no hubiera una línea divisoria entre cuerpo y alma. Podría pensarse que el héroe, perdida ya la sensación de su cuerpo abrumado por tanto dolor, acude a su alma, lo último que le queda. (Recordemos que, en los poemas homéricos, cuando un guerrero muere, su alma es lo último que abandona el cadáver y, a continuación, se dirige volando hacia Hades). Heracles, con sus últimas palabras, recupera plenamente la categoría de héroe sufridor y paciente, gracias al modo de contenerse y prometerse a sí mismo que no emitirá ya queja alguna.

<sup>239</sup> Alusión directa a Zeus, aunque sin mencionarlo de forma expresa.

<sup>240</sup> Hilo se dirige a sus compañeros con estas palabras (Tr. 1266-1269):

«Cran menosprecio de los dioses  
notando por los hechos ocurridos;  
ellos que, tras procrear y al ser llamados  
padres, tales sufrimientos toleran».  
μεγάλην δὲ θεῶν ἀγνωμοσύνην  
εἰδότες ἔργων τῶν πρασσομένων,  
οἱ φύσαντες καὶ κληζόμενοι  
πατέρες τοιαῦτ' ἐφορῶσι πάθη.

Son expresiones que rozan la blasfemia: decir que los dioses no se preocupan de los hombres, y, en concreto, que Zeus, sin mencionarlo, no se ocupa de su hijo. Es una de las pocas críticas incisivas de la divinidad dentro de las obras sofocleas.

<sup>241</sup> Tr. 1278: κούδὲν τούτων ὅ τι μὴ Ζεὺς.

Por el contrario, Deyanira tiene un comportamiento valiente hasta el final; se quita la vida de modo varonil, con una espada. Cuando sabe que ha sido víctima del engaño de Neso, no pide comprensión alguna a las mujeres del Coro, sino que decide internamente acabar con su vida. Es una solución parecida a la que tenemos en el *Áyax* sofocleo.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA<sup>242</sup>*Estudios*

- BECK, A., (1953), «Der Empfang Ioles. Zur Technik und Menschengestaltung im ersten Teile der *Trachinierinnen*», *Hermes* 81, 10-21.
- BERGSON, L., (1993), «Herakles, Deianeira und Iole», *RhM* 136, 102-115.
- BIGNONE, E., (1932), «Introduzione alle *Trachinie*», *A&R* 1932, 143-179.
- BLOCH et ALII, R., (1985), *D'Héraklès à Poséidon: mythologie et protohistoire*, Ginebra.
- BLÖSSNER, N., (2003), «Deianeiras Entscheidung. Zur poetischen Funktion von Sophokles' *Trachinierinnen* 582-597», *Philologus* 146, 217-251.
- BOWMAN, L., (1999), «Prophecy and authority in the *Trachiniai*», *AJPh* 120, 335-50.
- BROMMER, F., (1972), *Herakles: die zwölf Taten des Helden in antiken Kunst und Literatur*, Viena.
- CALAME, C., (1997), «Heracles, animal and sacrificial victim in Sophocles' *Trachiniai*?», en HÄGG, R.-ALROTH, B. (eds.), *Greek sacrificial ritual, olympian and chthonian*, Gotemburgo, 181-195.
- CARAWAN, E., (2000), «Deianeira's Guilt», *TAPhA* 130, 189-237.
- CESCHI, G., (2002-3), «Il caso clinico di Eracle nelle *Trachinie* di Sofocle», *AIV* 161, 65-93.
- CONACHER, D. J., (1997), «Sophocles' *Trachiniai*: some observations», *AJPh* 118, 21-34.
- CORAY, M., (1993), *Wissen und Erkennen bei Sophokles*, Basilea.
- DEMAND, N. H., (1982), *Thebes in the fifth century: Heracles resurgent*, Londres.
- DILLER, H., (ed.) (1967), *Sophokles*, Darmstadt.
- DOUTERELO, E., (1997), «El léxico y el tema del amor en las *Traquinias* de Sófocles», *CFC(G)* 7, 195-206.
- EARLE, M. L., (1902), «Studies in Sophocles's *Trachinians*», *TAPhA*, 5-29.
- EHRENBERG, V., (1946), *Tragic Heracles. Aspects of the ancient world*, Oxford.
- ERRANDONEA, I., (1958), «El problema de las *Traquinias*», en *Actas I CEEC*(1956), Madrid, 472-478.
- FARAONE, C. A., (1994), «Deianeira's Mistake and the Demise of Heracles: Erotic Magic in Sophocles' *Women of Trachis*», *Helios* 21, 115-131.
- , (1999), *Ancient Greek Love Magic*, Cambridge (Massachusetts).
- FIALHO, M. C., (1975-6), «Eros e finitude em As *Traquinias* de Sófocles», *Humanitas* 27-8, 131-166.
- FOWLER, R. L., (1999), «Three places of the *Trachiniai*», en GRIFFIN, J. (ed.), *Sophocles revisited. Essays presented to Sir H. Lloyd-Jones*, Oxford, 161-175.
- FRIEDLÄNDER, P., (1907), *Herakles*, Berlín.
- FRIIS JOHANSEN, H., (1986), «Heracles in Sophocles' *Trachiniai*», *C&M* 37, 47-61.

<sup>242</sup> De entre la abundante bibliografía sofoclea he seleccionado la que creo más pertinente para el objetivo propuesto. Ofrecen muchos datos las introducciones y notas de los trabajos de Davies (1991), Easterling (1989) y Kamerbeek (1970). No recojo aquí los tratados generales de literatura griega, donde nuestro autor ocupa, como es natural, un lugar muy importante, ni tampoco los estudios dedicados al teatro de Sófocles, en general.

- FUQUA, C., (1980), «Heroism, Heracles and the *Trachiniae*», *Traditio* 36, 1-81.
- GALINSKY, G. K., (1972), *The Heracles Theme: the adaptations of the hero in literature from Homer to the twentieth century*, Oxford.
- GASTI, H., (1993), «Sophocles' *Trachiniae*: a social or externalized aspect of Deianeira's morality», *A&A* 39, 20-28.
- HEIDEN, B. A., (1989), *Tragic rhetoric: an interpretation of Sophocles' Trachiniae*, Nueva York.
- HEINZ, J., (1937), «Zur Datierung der *Trachinierinnen*», *Hermes*, 270-300.
- HESTER, D. A., (1980), «Deianeira's "Deception Speech"», *Antichthon* 14, 1-8.
- HOEY, T. F., (1970), «The *Trachiniae* and the unity of hero», *Arethusa* 3, 1-22.
- , (1979), «The date of the *Trachiniae*», *Phoenix* 33, 210-232.
- HOLT, P., (1976), *The imagery of Sophocles' Trachiniae*, Stanford (microfilm).
- , (1989), «The end of *Trachiniae* and the fate of Heracles», *JHS* 109, 69-80.
- HOUGHTON, H. P., (1962), «Deianeira in the *Trachiniae* of Sophocles», *Pallas* 11, 69-102.
- JANKA, M., (2004), *Dialog der Tragiker. Liebe, Wahn und Erkenntnis in Sophokles' Trachiniai und Euripides' Hippolytos*, Munich-Leipzig.
- JOHANSEN, H. F., (1986), «Heracles in Sophocles' *Trachiniae*», *C&M* 37, 47-61.
- JOUANNA, J., (1997), «Oracles et devins chez Sophocle», en HEINTZ, J. G. (ed.), *Oracles et prophéties dans l'antiquité*, Paris, 283-320.
- KAPSOMENOS, S. G., (1963), *Sophokles' Trachinierinnen und ihr Vorbild. Eine literargeschichtliche und textkritische Untersuchung*, Atenas.
- KNOX, B. M. W., (1964), *The heroic temper. Studies in Sophoclean Tragedy*, Berkeley.
- KRANZ, W., (1921), «Aufbau und Gehalt der *Trachinierinnen* des Sophokles», *JPhV*, 32-49.
- LEFÈVRE, E., (2001), *Die Unfähigkeit sich zu erkennen: Sophokles' Tragödien*, Leiden.
- LEVETT, B., (2004), *Sophocles: Women of Trachis*, Liverpool.
- LONG, A. A., (1968), *Language and thought in Sophocles. A study of abstract nouns and poetic technique*, Londres.
- LONGO, O., (1968), *Commento linguistico alle Trachinie di Sofocle*, Padua.
- LÓPEZ FÉREZ, J. A., (2001), «Observaciones sobre los mitos en el *Heracles* de Eurípides», en BRASETE, M. F. (coord.), *Máscaras, voces e gestos: nos caminhos do teatro clássico*, Univ. Aveiro, 71-114.
- , (en prensa), «El *Heracles* de *Traquinias*. Notas sobre el héroe a la luz de la literatura griega precedente y del *Heracles* eurípideo», *Congreso canariense sobre el teatro de Sófocles*, Univ. La Laguna, 1-4 diciembre 2003. (Hay varios puntos de contacto entre este trabajo y el que ahora ofrezco).
- McCALL, M., (1972), «The *Trachiniae*. Structure, focus, and Herakles», *AJPh* 43, 142-163.
- MACHIN, A.-PERNÉE, L. (eds.), (1993), *Sophocle: le texte, les personnages*, (Actes du Colloque international d'Aix-en-Provence, 1992), Aix-en-Provence.
- MARCH, J., (1987), *The creative poet. Studies on the treatment of myths in Greek Poetry (BICS. Supplement 49)*, Londres.
- MURRAY, G., (1962), «Heracles. El más noble de los hombres», en MURRAY, G., *Grecia clásica y mundo moderno*, trad. esp., Madrid, 113-133 (original inglés, 1946).
- MUSURILLO, H., (1961), «Fortune's wheel. The symbolism of Sophocles' *Women of Trachis*», *TAPhA* 92, 372-383.
- NELLI, M. F. (2006), «El mito de Heracles en Baquilides. Su relevancia para el análisis de *Traquinias* de Sófocles», *Synthesis* 13, 79-93.
- POZZI, D. C., (1999), *Crisis y remedio en el mito y el teatro: Las traquinias*, La Plata.
- ROMILLY, J. de (ed.), (1983), *Sophocle: sept exposés*, Vandoeuvres- Ginebra.

- RYZMAN, M., (1991), «Deianeira's moral behaviour in the context of the natural laws in Sophocles' *Trachiniae*», *Hermes* 119, 385-398.
- SCHMID, W.-STÄHLIN, O., (1934), *Geschichte der griechischen Literatur*, 7.1.2, Munich.
- SCHWEITZER, B., (reimp.1982, 1922<sup>1</sup>), *Herakles. Aufsätze zur griechischen Religious- und Sagen-geschichte*, Hildesheim.
- SCHWINGE, E. R., (1962), *Die Stellung der Trachinierinnen im Werk des Sophokles*, Cotinga.
- SEALE, D., (1982), *Vision and stagecraft in Sophocles*, Londres.
- SECAL, Ch., (1975), «Mariage et sacrifice dans les *Trachiniennes* de Sophocle», *AC* 44, 30-53.
- , (1977), «Sophocles' *Trachiniae*. Myth, poetry and heroic values», *YCLS* 25, 99-158.
- , (1981), *Tragedy and civilization: an interpretation of Sophocles*, Cambridge (Mass.).
- , (1992), «Time, oracles and marriage in the *Trachiniae*», *Lexis* 9-10, 63-92.
- , (1993), «Les oracles des *Trachiniennes* et les rites renversés du mariage», MACHIN, A.-PERNÉE, L. (ed.), *Sophocle...*, 233-241.
- , (1994), «Bride or concubine?: Iole and Heracles motives in the *Trachiniae*», *ICS*, 59-64.
- SILK, M. S., (1985), «Heracles and Greek Tragedy», *G&R* 32, 1-22.
- , (ed.), (1996), *Tragedy and the tragic*, Oxford.
- STINTON, T. C. W., (1985), «Heracles' homecoming and related topics. The second stasimon of Sophocles' *Trachiniae*», CAIRNS, F. (ed.), *Papers of Liverpool Latin seminar*, 5, Liverpool, 403-432.
- STOESSL, F., (1945), *Der Tod des Herakles*, Zurich.
- WET, B. X. de, (1983), «An evaluation of the *Trachiniae* of Sophocles in the light of moral values in Athens of the 5th. century B.C.», *Dioniso* 54, 213-226.
- WEBSTER, T. B. L., (1936), «Sophocles' *Trachiniae*», *Greek poetry and life*. Essays presented to G. Murray on his seventieth birthday, Oxford, 164-180.
- WEBSTER, T. B. L., (1969), *An introduction to Sophocles*, Londres.
- WINNINGTON-INGRAM, R. P., (1980), *Sophocles. An interpretation*, Cambridge.

#### Texto griego

LOYD-JONES, H.-WILSON, N. G., (1990), *Sophoclis fabulae*, Oxford.

#### Comentarios

- CAMPBELL, L., (reimp. 1969, 1879<sup>1</sup>), *Sophocles. The plays and fragments*. 2, Hildesheim (introducción, texto y notas).
- DAVIES, M., (1991), *Sophocles. Trachiniae*, Oxford (introducción, texto y notas).
- EASTERLING, P. E., (reimp.1989,1982<sup>1</sup>), *Sophocles. Trachiniae*, Cambridge (introducción, texto y notas).
- FIALHO, M. do C., (1984), *As Traquírias*, Coimbra (introducción, versión y notas).
- JEBB, R. C., (reimp.1962, 1908<sup>1</sup>), *Sophocles. The plays and fragments*. 5. *The Trachiniae*, Ámsterdam (introducción, texto y notas).
- KAMERBEEK, J. C., (reimp. 1970, 1959<sup>1</sup>), *The plays of Sophocles. Commentaries*(II). *The Trachiniae*, Leiden (introducción y notas).